



el secreto del doble sótano

ralph barby



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



RALPH BARBY

EL SECRETO DEL DOBLE SOTANO

Colección PUNTO ROJO n.º 512

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 47.312 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1972

© RALPH BARBY - 1972

sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA - 1972

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

746 — El Fuerte de los Chacales

En Colección KANSAS:

713 — Un idiota llega a Texas.

En Colección CALIFORNIA:

786 — ¡Escapa, Jake, escapa!

En Colección BRAVO OESTE:

570 — Llegó de Texas un pistolero.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.105 — El dragón amarillo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

820 — ¡Suerte, comisario Queen!

En Colección PUNTO ROJO:

506 — Muñecos sacrificados.

En Colección ASES DEL OESTE:

647 — Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE:

1.106 — El futuro no es de los cobardes.

CAPÍTULO PRIMERO

Conducía mi «Ford-Mustang» por el abigarrado centro de Los Ángeles, bajo la bóveda del *smog* en aquel caluroso día estival. El sol apenas tenía fuerza para traspasar la gruesa capa de polución atmosférica y luego estaba la intensa humedad ambiental, creo que teníamos un noventa y nueve por ciento. De no ser por la climatización de mi automóvil habría sudado a chorros.

Aquel día todo parecía producirme malhumor: el fuerte calor, un larguísimo entierro que me había bloqueado en Figueroa Street, el caso que acababan de encargarme...

Mi nombre es Dan Newman y mi profesión, algo parecido a la de *clown* de circo: el que recibe las bofetadas. Es decir, investigador privado. Debo de aclarar que en los telefilmes no nos hacen justicia. No lo pasamos tan bien como cuentan. Calor, las chicas no siempre son guapas, clientes que no pagan, tortas que se reciben, broncas del departamento policial, muchas horas de plantón y así seguiría enumerando.

Dan Newman, investigador privado y siempre dispuesto a que en este condenado país llamado el Emporio de la Libertad, me metan un balazo entre los omóplatos.

Son escalofrantes las cifras de policías muertos a balazos, por artefactos o atropellados homicidamente que se producen cada año y eso que los policías, como representantes de la ley, son los que cuentan. ¡Qué sería la estadística de muertes dentro de la profesión de investigadores privados! Pienso que colocarme como piloto de pruebas en naves supersónicas sin verificar aún, sería un descanso para mí.

El caso que acababan de encargarme no era simple. La verdad es que todavía no me había comprometido a aceptarlo.

—Primero tengo que charlar con Simón Brando —había puntualizado.

Simón Brando era el propietario de las industrias Brando Corporation, una docena de factorías dedicadas a la fabricación de armamento militar, desde simples pistolas a carros de combate e incluso misiles tierra-tierra y tierra-aire.

Las factorías estaban repartidas, de modo que la de Oregón proporcionaba toda la madera, la de Michigan el acero, Massachusetts los explosivos. Las dos de California se ocupaban del montaje y detalles menores, y el control de calidad estaba en Nuevo México, donde todas las armas eran probadas a plena satisfacción.

Una flota de aviones, camiones y vagones de ferrocarril transportaba el material de un lugar a otro del Estado. Todo tenía la firma de Brando

Corporation. ¿Qué resultaba caro el sistema? ¿Y qué importaba?

Simón Brando cargaba un suplemento en los precios de venta y asunto resuelto. Después de todo, mientras hubieran conflictos bélicos en la Tierra, él tenía asegurada la venta de sus mortíferos productos.

«Dan, vas a ser un mosquito al lado de ese diplodocus». Sin embargo, pensé en el proverbio de que «no hay enemigo pequeño». Por lo menos, en aquellos momentos esperaba que mi aguijón pudiera traspasar la gruesa piel del diplodocus antes de que con un resoplido me enviara a otro continente.

Un cuarto de hora antes de llegar frente al rascacielos, ya lo había descubierto por encima de las casas de Los Ángeles. Aquel monstruo de acero y cristal, con cincuenta pisos de altura, constituía el cerebro de Brando Corporation.

Giré mi automóvil hacia la entrada de cuatro carriles del garaje subterráneo. En ella había una advertencia de que el garaje no era público, por ello hube de detener un instante mi «Ford» delante de una de las cabinas de control.

—Voy a ver a Simón Brando —dije.

El empleado tecleó algo en una máquina que supongo pasaría el escrito a un ordenador electrónico.

—¿Tiene cita?

—No —repuse con apabullante claridad.

El vigilante de la cabina sonrió entre irónico y sarcástico.

—Deje su tarjeta y será avisado cuando tenga hora y día. Ahora, haga el favor de dar la vuelta junto a la luz roja y dejar libre la entrada.

Había comprendido, no podía ver a Simón Brando. Me encogí de hombros, ya había esperado aquello, pero de querer entrevistarme con Simón Brando a través de la vía legal, es decir, por los pasos y tamices que exigía el control de seguridad, jamás llegaría a verle, o quizá sí, en su funeral, cuando su corazón fallara.

Pisé el acelerador y me introduje en el garaje en vez de dar la vuelta y largarme por donde había venido. Quizá me daba más miedo la espeluznante circulación del centro de Los Ángeles que los matones de Brando.

Escuché una sirena a mi paso y se encendieron luces rojas. La caza había comenzado.

Descubrí un hueco y aparqué mi automóvil en rápida maniobra. Antes de que se presentara alguien, me filtré entre los cientos de automóviles allí estacionados.

Pasé del segundo piso del garaje al primero, antes de que un diminuto vehículo de fabricación europea y pintado de rojo, con luz intermitente y estridente trompetilla, me descubriera. El pequeño automóvil estaba haciendo bien su papel de policía interior, pero conmigo, hasta el

momento, había fallado.

El problema estaba ahora en llegar a los ascensores. En la puerta de cada uno había un vigilante.

Decidí utilizar una estratagema. Me escondí entre dos coches, no muy lejos del ascensor, y me quité primero un zapato y luego un calcetín. Volví a colocarme el zapato, saqué mi mechero y prendí fuego al calcetín.

—¡Fuego!... —grité a pleno pulmón.

Dejé caer el calcetín al suelo y cambié de fila de automóviles.

Como había previsto, el vigilante del cercano ascensor corrió hacia el humo mientras luces rojas seguían parpadeando por todas partes. El estridente claxon del diminuto coche rojo, de fácil maniobrabilidad, resonaba en aquel lugar repleto de grandes automóviles.

Cuando llegué a la puerta del ascensor, tiré de ella y penetré en el camarín. Suponía que el vigilante, al llegar frente a mi carbonizado calcetín, se preguntaría qué era aquello.

El ascensor era de los ultrarrápidos y pulsé el botón del piso cuarenta y nueve. Según mis informes, allí se escondía Simón Brando.

No he dicho que mi cabello era negro y abundante, y que utilizo poco el peine. Mis ojos, también negros, y mis puños, según algunos, algo duros. No me desecharon en la Infantería de Marina por corto de talla, medía metro ochenta y cinco y mi peso era de setenta y tres kilos. Estaba algo delgado y muchos me observaban con envidia. La gente gasta más dólares en tratamientos para adelgazar que en comida para nutrirse; los tiempos de hambre quedan ya lejos.

He dado detalles de mis medidas antropométricas porque al detenerse el ascensor y salir de la cabina quedé frente a dos tipos que me llevaban toda la cabeza. El que menos, rebasaría los dos metros. Hubiera jurado que eran jugadores de baloncesto, aunque pesaban el doble de lo preciso para ser buenos deportistas.

—Camíne —ordenó uno de ellos.

Como no se mostraron hostiles, tampoco simpáticos, esa es la verdad, pues no me dirigieron la más mísera sonrisa, decidí seguirles aceptando su consejo y esperando que no tuvieran ningún tubo para arrojar desperdicios. Una caída de cincuenta pisos y en vertical por el interior de un tubo, no habría sentado muy bien a mi traje. Por el momento, aquella visita ya me había costado un calcetín.

Anduvimos por un corredor amplio, sin muebles y bien iluminado. A mi derecha, la pared constituía un gran ventanal encristalado. Al otro lado del mismo trabajaban docenas de chicas frente a sus máquinas de escribir. Tuve la impresión de que para aquella sección de la Brando Corporation lo que jamás se exigía a las empleadas era que fueran bonitas y poco mojigatas.

Llegamos al antedespacho del propietario de aquel fabuloso emporio de

la industria bélica.

Allí, frente a una larguísima y deslumbrante mesa, una chica de cabello dorado. Sus ojos eran de pupilas verdes como grandes semáforos que invitaban a pensar, por lo menos aquella fue la impresión que recibí. Ignoraba cuándo pondría la luz roja del *stop*.

—¿Es el hombre que se ha filtrado sin pasar el control? —preguntó la fémina.

—Me llamo Dan Newman, encanto. No creo que sea preciso dar mi ficha antropométrica y decir que la *nurse* que me crio estaba bien de delanteras. No tengo complejo de niño frustrado y de pequeño no me enamoré de un autobús.

—¿Se ha escapado de un manicomio o se hace el listo, señor Newman?

—Encanto, veo que tú sí me comprendes. ¿Cuál es tu nombre? Me gustaría invitarte a cenar. Por supuesto, mi economía no llega a la de tu jefe. Tendrás que conformarte con pollo congelado en vez de faisán, y con huevos de gallina en lugar de los de esturión, claro que saldrás ganando; los de gallina son más gordos.

—Oiga, imbécil, se está pasando de rosca.

El tipo de la derecha me puso la mano sobre el hombro. Era una invitación al orden y frente a unos ojos verdes como los que tenía la chica no me convertía precisamente en un borrego.

—Quíteme la mano de encima.

—Vaya, se pone gallito, ¿eh?

—Lo siento, no me gusta que me pongan la mano encima.

El gorila esperaba un puñetazo a juzgar por la forma en que planteó su defensa. No me cabía duda de que era un boxeador de los pesos pesados, fracasado, naturalmente. Claro que yo había practicado karate y no boxeo, y el infeliz se llevó un talonazo en el bajo vientre.

Aulló como los concursantes noveles que aparecen en televisión para cantar en su gran oportunidad.

El otro gorila, en defensa del orgullo y otras cosas heridas de su compañero, quiso cazarme con un directo doblado.

De no agachar la cabeza a tiempo, hubiera llegado a mi vejez con tortícolis.

El gigante se encontró en el aire. Creo que todavía se está preguntando cómo, con sus más de ciento veinte kilos, alguien lo levantó por encima de su cabeza para luego dejarle caer vertical al suelo. Él supo poner las manos a tiempo para evitar partirse el cráneo.

A todo esto, la secretaria de los ojos verdes contemplaba la escena como si estuviera presenciando una partida de billar.

—¿Me dice su nombre, sí o no? —tuve tiempo de preguntar antes de que uno de los gorilas, ya repuesto, se me abalanzara por la espalda haciéndome una presa con sus enormes brazos.

Tuve la impresión de que quería asfixiarme, aunque no me fue demasiado difícil deshacerme de él. Le cogí el dedo meñique y se lo retorcí malintencionadamente. Un truco simple y muy efectivo que me enseñó un japonés en la Marina. Su ciencia era básica: «Emplea tu fuerza en el punto más débil de tu enemigo y vencerás».

Creo que mientras alguien se acordaba de mi madre en la gloria, una voz ordenó por el dictáfono:

—Que Newman pase a mi despacho.

—Vaya, parece que el jefe me da paso franco.

—Nuestros ordenadores electrónicos trabajan rápido, señor Newman.

—No me digas que a estas horas el señor Brando tiene ya sobre su mesa mi ficha completa.

—Así es, señor Newman. El señor Brando ya sabe quién es usted e incluso el momento en que la madre de usted se liberó echándole al mundo.

—Mientras todo lo que ha averiguado no se lo cuente al fisco...

No me arreglé la corbata porque no la llevaba, hacía demasiado calor. Miré a los dos tipos, que me miraban con odio por no haber podido acabar conmigo, y me dirigí triunfante a la gran puerta tapizada en piel. Un paso con calcetín y un paso sin calcetín...

La puerta se franqueó automáticamente. Simón Brando no reparaba en gastos; supongo que sus obreros no cualificados, sí.

Simón Brando era uno de esos multimillonarios que preferían no salir personalmente en periódicos y revistas. El tipo de industrias que poseía no le facilitaba las relaciones públicas, en especial con el poder de las masas.

Simón Brando no tenía un pelo de tonto. Era calvo hasta el cogote y su piel craneana era reluciente y tostada; debía de poseer una buena lámpara de rayos ultravioleta.

Mientras me acercaba a la mesa del multimillonario, pude observarle con atención.

Pese a hallarse sentado, pude determinar que era fornido. Su rostro, aunque de raza blanca, tenía rasgos asiáticos. Era una especie de Yul Brinner en feo. El único gancho que debía tener para las mujeres era su talonario de cheques.

Simón Brando pertenecía a una familia rusa que había emigrado a los Estados Unidos en el año dieciocho, cuando la ocupación del poder por los soviets.

Su familia había logrado escapar con mucho oro, alhajas y una saneada cuenta corriente en bancos extranjeros. Los que no habían sido tan listos como ellos estaban conduciendo taxis en París.

Por supuesto, se cambiaron el nombre, se hicieron norteamericanos, y buscando un negocio de porvenir en el cual invertir su capital, pensaron en la industria bélica. No era preciso ser un lince para predecir que en el

mundo siempre habrían tortas y de las gordas.

Los progenitores de Simón Brando habían fallecido de muerte natural en sus respectivas camas mientras la gente se hacía pedazos con los productos fabricados por ellos.

Simón Brando se hizo cargo de todo y su industria prosperó. Fabricar balas a diez centavos podía resultar poco rentable, pero construir cohetes sí lo era, los márgenes de beneficio eran mayores. Claro que si los pacifistas, enemigos de Brando y otros tipos como él, propulsaran y promocionaran el tirachinas para las guerras, lo arruinarían rápidamente.

CAPÍTULO II

—Pase, detective Newman.

Simón Brando tenía un grueso cigarro entre sus dientes fuertes y agresivos. Por estar algo separados, expulsaba entre ellos el humo sin necesidad de quitarse el cigarro de la boca.

—Al parecer tiene usted mucho interés en verme, Newman.

Saqué un pitillo de un paquete medio arrugado que tenía en el bolsillo y le prendí fuego.

—¿No prefiere uno de mis cigarros? —me ofreció una caja labrada en oro y negué con la cabeza—. Como guste, Newman. No voy a preguntarle si piensa que estos cigarros están comprados con sangre —rio ligeramente. Adoptó una posición jactanciosa en su sillón anatómico-regulable y prosiguió—: Usted se estará preguntando por qué le he recibido.

—Supongo que porque he tratado de verle.

—Bueno, partiendo de la base de que si no hubiera venido no lo habría recibido, así es. La verdad es que a veces me aburro y tomarse unos momentos de diversión es sano para el aparato circulatorio.

—¿Se lo ha aconsejado su médico?

—No, es que no tengo tiempo para ir al circo.

—Me hace un honor, Brando. Así podré demostrarle que existe el más difícil todavía.

—No pierde usted la flema, ¿eh, Newman? Ahora, adelante, ya puede decirme lo que quiere de mí. ¿Acaso una buena pistola marca «Brando» para su actividad de investigador? Si me cae simpático, hasta puedo regalarle un modelo de lujo, con cajas de municiones hasta que le lleven a la tumba.

—No gastaría demasiado, Brando. Suelo apretar poco el gatillo.

—No cuento con hombres como usted para mantener mi negocio.

—¿Cuenta con las guerras?

—A río revuelto... En fin, ¿sabe cuántas balas hicieron falta para matar a un soldado durante la pasada guerra mundial, de promedio?

—Algo así como diez mil.

—Veo que está al corriente.

—De lo que me interesa, siempre. De otros aspectos, no tanto.

—¿Y quién le interesa en realidad, Newman? ¿Brando Corporation o Simón Brando en particular?

—Creo que lo uno va unido a lo otro.

—¿Sabe jugar al ajedrez?

—Sí.

—Me gustaría jugar una partida con usted. Es un tipo flemático. En esa misma silla he tenido sentados a otros que se creían duros y les temblaban las rodillas.

—¿Y no ha temido nunca que alguien que se sentara aquí pudiera sacar una pistola o una bomba de Brando Corporation y enviarlo al infierno?

—No, claro que no. Poseo un sistema de control perfecto, con doble circuito por si uno falla.

—Lo que indica que está seguro de que no llevo ningún arma encima.

—Exacto. Le ha sido hecha una radiografía instantánea por un método especial. Esa radiografía ha sido controlada por un sistema analizante y pasada al ordenador electrónico de control, una operación que gracias a la nueva ciencia ha sido realizada en cuestión de segundos. Ahora, vuelva su cabeza y mire sobre la puerta.

Obedecí y vi una luz verde encendida de forma fija.

—¿Paso libre?

—Sí. Su paso por mi despacho está archivado en la memoria del cerebro electrónico de control. Lo que me fastidia es que no haya obedecido a otros controles de mi empresa. Podía haberle costado un disgusto. Por el tipo de industria que poseo, mis vigilantes llevan armas y si alguien atenta contra mi empresa puede caer abatido a tiros. La ley está de mi parte, yo actúo siempre legalmente.

—¿Y cuando asesinaron al pacifista Petford, la ley también estaba de su parte?

Me dedicó una mirada homicida que duró apenas un segundo. Luego se rio, no sé si de las circunstancias o de mí.

—De modo que ha venido por la muerte de ese imbécil que se hacía autopublicidad con la fantástica idea de que algún día le concedieran el Premio Nobel de la paz.

—Todo el mundo no consideraba que fuera un imbécil —le rebatí.

Brando suspiró.

—No quiero saber nada de ese asunto. Lobello, su asesino, fue capturado en su día y será juzgado si es que se salva. Hasta los pacifistas son irascibles y lo lincharon, bueno, no hasta matarlo. La policía estaba cerca y llegó a tiempo de rescatarlo de las manos de los pacifistas. Es paradójico, ¿no?

—No he venido a filosofar. Brando, solo a preguntarle si no teme que Lobello subsista y hable después.

—Naturalmente que no. Por mí puede reventar o seguir viviendo, yo no temo a nada ni a nadie.

—Quizá sí temiera a Petford. El sí podía hacerle daño, y por ello, un oscuro adolescente ítalo-norteamericano, casi un psicópata, un tipo que merece lástima, apareció con un revólver cargado de balas y disparó a quemarropa contra él hasta enviarlo al infierno.

—Quizá no le cayera bien o hubieran cosas personales entre ambos. No todos los pacifistas son santos... Es más, si ahonda en la vida de Petford, pese a su apellido anglosajón, verá que es de ascendencia italiana. Podía tratarse de una *vendetta*, los italianos son muy aficionados a ellas.

—Creo que esto huele mal. Me temo que este pastel está muy bien preparado y adornado para que se lo coma la opinión pública y la ley, pero la masa contiene elementos podridos.

—Vamos, Newman, no dramatice. Los investigadores privados son muy dados a dramatizar. Un cabecilla de unos derechos, qué importa cuáles, ha sido asesinado. Eso ocurre ya muy frecuentemente en Estados Unidos y también en otros países. ¿Quién le ha enviado a verme, la familia de Petford, la de Lobello, los integrantes de la Liga Pacifista, algún periódico que le paga un sueldo mensual para que no se muera de hambre o es que es un idealista y se lo toma como caso particular?

Comprendí que Brando trataba de reírse de mí. Se sentía muy seguro de sí mismo. Era fuerte y estaba consciente de ello.

—El nombre del cliente pertenece al secreto profesional.

—Como quiera, Newman. Me importa poco su cliente y usted mismo. Ya que ha conseguido su lógico deseo de verme en mi despacho, puede marcharse. La verdad, no me ha resultado muy divertido.

—Solo quería verlo para conocerle personalmente y hacerme una idea sobre usted. Sé sobradamente que estaba cenando con personas muy importantes, autoridades entre ellas, en el momento de producirse el asesinato que casi podríamos catalogar como magnicidio dada la respetada personalidad de Petford y la cantidad de seguidores que tenía. También sé que la policía ha comprobado que sus hombres nada sabían de lo ocurrido y que todos tenían coartada. Por lo visto, jamás ha habido relación alguna entre Lobello y usted. El asesino solo tenía unos dólares en su bolsillo y su cuenta corriente no llegaba a veinte dólares. No poseía nada que pudiera valer dinero y jamás ha trabajado en la Brando Corporation.

—¿Entonces?

—Que todo es perfecto, muy perfecto, endemoniadamente perfecto.

—Por lo cual debo entender que cree que yo he sido quien ha enviado a Lobello para que asesinara al embaucador de Petford.

—Es justo lo que ha pensado mucha gente.

—Pero que nadie se ha atrevido a decir, porque no se ha podido probar. Ni siquiera los periódicos lo han insinuado; los hubiera demandado por difamación.

—Tiene usted muchos amigos en la política, ¿verdad?

—Sí, Newman, y también en los bajos fondos. Me sería fácil dar unos dólares a alguien para que proporcionara una paliza a un tercero.

—¿Debo de tomarlo como una amenaza?

—Oh, no, claro que no. He dicho «podría», pero yo nunca me ensucio

las manos. Tengo hombres que controlan mis factorías, mi edificio de oficinas les controla, eso es todo. No tengo que preocuparme de nada. Si un loco o un estúpido le ha pegado siete tiros a Petford, es algo que no me quita el sueño.

—Yo diría que se lo dulcifica.

—No voy a negar que la muerte de Petford favorece la normalidad laboral de mi empresa. En cuanto a usted, no le amenazo, no le pido silencio, ni siquiera le extiendo un cheque para que se olvide del asunto. Me es indiferente que usted pierda su tiempo en casos que ya resuelve por sí misma la policía y son, además, casos que carecen de problema, de misterio. Ahora, dé por terminada la entrevista. La próxima vez que desee verme formule la petición por la vía ordinaria y será avisado oportunamente si es que considero que puedo concederle una entrevista. Si recibiera a todos los que desean verme, jamás podría dedicarme a los asuntos que verdaderamente me interesan.

Me levanté aplastando la colilla de mi cigarro contra el escudo de plata de la Brando Corporation. En el fondo, Brando conservaba sus reminiscencias aristocráticas a juzgar por lo barroco de su escudo, en el que se centraba el anagrama de la firma.

—Ese no es el cenicero, Newman —me corrigió Brando, molesto.

—Disculpe, suelo sufrir equivocaciones. Ya ve, buscaba los lavabos y me he topado con usted.

Le di la espalda, seguro de que me fulminaba con sus ojos pequeños y almendrados y abandoné el despacho con la esperanza de no tener escolta hasta la calle.

CAPÍTULO III

Entré en mi apartamento, ubicado en las afueras de la ciudad, en la carretera de Santa Rosa. Desde la ventana contemplé la piscina comunitaria del grupo de apartamentos. Me dije que aquella noche, antes de dormir, no me vendría mal un ejercicio de natación.

Tomé un trago de *bourbon* con hielo y me dejé caer en la cama. Mi apartamento, por los trescientos pavos que me costaba al mes, no estaba mal. Resultaba confortable y esperaba poderlo pagar mucho tiempo.

En el teléfono de la mesita de noche pulsé el número de la viuda Petford y esperé a oír la voz al otro lado del hilo.

—¿Diga?

—¿Señora Petford? —pregunté, aunque ya la había reconocido.

—Sí, yo misma. ¿Con quién hablo?

—Soy Dan Newman, investigador privado.

—Ah, sí, sí. Diga, ¿qué ha averiguado?

—Por ahora, muy poca cosa. Solo la llamo para decirle que acepto su caso —dije, sin pensar en que debía de estar loco.

Me había convencido de que Brando tenía que ver y mucho con la muerte del pacifista Petford, pero Brando se las sabía todas y resultaba una montaña granítica para mis posibilidades.

Ignoraba cómo podría atacarlo y desenmascararlo sin que alguien tuviera que ir a la Morgue a reconocer mis restos, expuestos en un congelado cajón-armario.

Pensé que si la suerte no me ayudaba, jamás podría desenmascarar a Brando y, por supuesto, cobrar la bonita suma de cinco mil dólares que la Liga Pacifista, encabezada por la viuda Petford, había prometido pagarme si lo descubría.

Brando, sin ningún esfuerzo, podía ofrecirme cien veces aquella suma con tal de que dejara de molestarle, pero el astuto Brando sabía que tratar de taparme la boca era como considerarse culpable; claro que yo había precisado que si surgían gastos extras en mi investigación deberían de abonármelos. La experiencia me hacía prevenir cualquier contratiempo o gastos extras. Cuando se comenzaba, jamás se podía estar seguro de dónde se terminaría, tendido en la cama como estaba en aquellos momentos o perdido en lo más intrincado de la Amazonia.

Pensaba que solo la fortuna podía ayudarme en aquel caso, que no sabía por dónde iniciar, cuando esa fortuna vino en mi ayuda en forma de timbrado telefónico.

—¿Diga?

—¿Dan Newman?

—Yo mismo. ¿Con quién hablo?

La voz era de mujer y muy agradable, ni demasiado fina ni demasiado gruesa, con un tono acariciador.

—Motel Pluma Roja, 102, San Francisco Road, habitación catorce. Encontrará la puerta abierta.

—Eh, oiga, ¿quién es usted?

Al otro lado del teléfono colgaron y me quedé con la duda de si se trataba de una cita interesante o de una ratonera para investigadores privados.

Esperaba que Brando no cometiera la torpeza de enviar a sus matones para mandarme a la Morgue, le acarrearía dificultades, aunque lo cierto es que si pagaba a alguien para que hiciera el trabajo, jamás se le podría acusar.

Pensé que la voz femenina era muy agradable; debía de acudir a la cita.

Me di un duchazo y me puse un traje fresco color blanco, por si habían de enterrarme con él.

Tomé mi auto y centrándome en un carril del cinturón de ronda, crucé la ciudad de parte a parte. No tardé en verme en la San Francisco Road.

El motel Pluma Roja estaba pegado a la carretera. Me pareció un lugar bastante discreto, apto para parejitas ansiosas de un refugio para no ser molestados.

Detuve el coche en el aparcamiento y caminando bajo los porches busqué la habitación número catorce. Giré el pomo de la puerta noventa grados y fue suficiente para que la hoja cediera, hallándome frente a la oscuridad.

Allí podía esperarlo todo, desde una rociada de balas a un beso hollywoodense, pero no ocurrió ni lo uno ni lo otro, aunque confieso que me habría gustado más esto último.

Se encendió la luz de una potente linterna cuyo foco me dio en el rostro, cegándome.

—Vamos, apague esa linterna, no me como a las niñas.

El perfume que notara al abrir la puerta me dio la certidumbre de hallarme frente a una mujer.

—Cierre la puerta primero.

Obedecí, y nada más cerrar, la fémina encendió una lámpara. La sorpresa fue agradable para mí al reconocer a la secretaria particular de Simón Brando.

Lancé un silbido de admiración. Vista de pie no había para menos. Su bello rostro, su elegante cuello, su erecto y bien formado busto, la delgadez de su cintura, la proporción de sus caderas y aquellos mini-*shorts* que dejaban admirar la belleza de las piernas en toda su longitud, habrían obligado al más frío varón a perder su sensatez y yo no era de piedra.

Recorrí despacio los pasos que me separaban de ella. La tomé por la cintura con ambas manos y la besé en los labios. No me rehuyó, pero aguantó la caricia sin entregarse.

—No pierdo las esperanzas —le dije significativamente. Hice una pausa y pregunté—: ¿Vas a decirme ahora cómo te llamas?

—Helen. ¿Te basta?

—Sí, me basta como nombre, y ahora, supongo que tendrás algún motivo para haberme citado aquí. Sería demasiada ilusión pensar que te caigo bien.

—Por lo menos no eres tan engreído como otros. Algunos piensan que debemos de estar agradecidas porque nos llevan a una piscina o a una sala de fiestas.

—No soy de los que opinan que el mejor cuadro que se puede tener en casa es un espejo.

—Dan, estoy al corriente de todo cuanto hace Simón Brando. No en vano soy su secretaria particular.

—¿Y él te tiene mucha confianza? —le pregunté algo irónico.

—Simón Brando no confía en nadie. Cada vez que puede suplir a un hombre por una máquina, lo hace.

—Pues el cerebro electrónico le habrá resultado una bicoca.

—Ese cerebro electrónico es diabólicamente perfecto. De no haberlo querido Brando, tú no habrías llegado hasta su despacho. Las puertas, tapizadas en piel, en su interior son de acero de tres pulgadas. Ni un cañonazo las agujerearía.

—La sutileza de las mujeres siempre resulta más perforante que un cañón y al decir sutileza también me refiero a curiosidad.

Helen se dejó caer en el sofá. Junto a ella tenía una botella con una copa. Por el resto de dicha copa me di cuenta de que ya había tomado un trago con anterioridad, pero a juzgar por lo llena que estaba la botella, Helen no era adicta al alcohol.

—Simón Brando odiaba a Petford.

—Creo que ese sentimiento era conocido por todos. El pacifista Petford no se mordía la lengua precisamente al hablar de Brando y otros hombres como él.

—Dicen que Brando Corporation ha vendido clandestinamente armas a gobiernos vedados por la ONU. También vende armas a precios muy altos a guerrilleros africanos y asiáticos. Por lo visto tiene un gran *stock* en sus almacenes debido a que los del Pentágono le tienen ojeriza y no le compran todo lo que Brando quisiera vender.

—Sí, Brando ha tenido problemas con los del Pentágono, pero lo malo es que en estos últimos tiempos se han prodigado las huelgas en las factorías de la Brando Corporation.

—Una huelga significa una pérdida para Brando.

—Sí, una doble pérdida, prestigio y dinero.

—Imagino que la de prestigio le importará poco a Brando, pero la de dinero, sí.

—Bueno, no es descabellado pensar que cada día de huelga puede costar a la Brando Corporation una pérdida neta de millón y medio de dólares.

—De lo que puede deducirse —expuse— que Petford, con sus mítines pacifistas e invitaciones a las huelgas en la Brando Corporation, basándose en que la empresa se lucra a costa de las guerras, provocándolas incluso, hacía perder a la compañía, aparte de un poco de prestigio, algunos millones de dólares.

—¿Y tú crees que es razón suficiente para que Brando ordenara eliminar a Petford?

—Sí, encanto, y tú también lo crees, de lo contrario no me hubieras citado aquí.

—Yo solo tengo una sospecha. Entré a trabajar en la Brando Corporation gracias a unas amistades que conocían a los Brando. Me apliqué en mi labor y ascendí en mi puesto, llegando a secretaria particular del mismísimo Simón Brando.

—¿Tienes acceso a sus secretos?

—En absoluto —denegó—. Brando tiene muchas secretarias, un montón para cada proceso. En realidad nadie se entera de algo por completo. Yo solo le sirvo en los asuntos particulares. Preparo sus citas, sus cuentas, sus invitaciones. Podría decirse que soy una secretaria de relaciones públicas. Brando es un hombre muy importante y capacitado para llevar adelante sus empresas. Lo malo es que...

—¿Qué?

—Apareció Petford con sus proclamas y Simón Brando despotricó contra él.

—Pero tú le hiciste caso.

—Sí, acabé por escuchar a Petford, como todos, y determiné que tenía razón; es más, participé en la huelga general de la compañía que duró cinco días. Simón Brando se puso muy furioso, pero como la huelga fue general, no tomó represalias más que con unos cuantos que ya constaban en su lista negra desde hacía tiempo.

—¿Y no tomó represalias contra ti?

—No, ni siquiera se fijó.

—Pero tú te has fijado en algo más aparte de mi cara, ¿verdad?

—Sí. Simón Brando extendió un cheque de doscientos mil dólares.

—Eso es interesante. Ni Brando ni ninguno de sus matones atacó ni molestó a Petford, por ello la ley nada puede contra él, pero si se lograra demostrar que Brando pagó al adolescente que le asesinó, sería distinto. Por lo visto, la policía no ha hallado relación alguna entre el chico y

Brando, lo cual ya era de suponer. Estas cosas se hacen con el máximo de secreto para que las manos aparezcan limpias con posterioridad.

—Pero tú no crees que ese infeliz asesinara a Petford, ¿verdad? De lo contrario, no te hubieras presentado en el antro de Brando jugándote el físico con sus gorilas.

—Si consiguiera probar que el muchacho recibió dinero en alguna forma, Brando caería. Por supuesto, Lobello, en el caso de curarse, tendría pena de muerte, ya que se trataría de un asesinato premeditado, alevoso, con el fin de lucro, mientras que ahora aún existe la posibilidad de que sea homicidio psicopático, la obra de un demente como tantas veces ha ocurrido a lo largo de la historia. Magnicidas dementes han provocado guerras como en el caso del asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. Un demente asesinó a Ghandi, otro a John F. Kennedy, un tercero a Robert F. Kennedy... Sin embargo, soy de los que piensan que detrás de tanto loco homicida en ocasiones se oculta algo oscuro y tenebroso.

—¿En el caso de Petford así lo crees?

—Sí. La personalidad de Brando me provoca náuseas y teniendo en cuenta que la huelga le costaba millones de dólares, doscientos mil resultaban una ganga si concluía la huelga.

—Eso es lo que he pensado yo. La verdad es que se trata de una leve sospecha. Un cheque de doscientos mil dólares para una obra benéfica... cuando Brando no es precisamente un hombre generoso.

—¿Cuál es el destinatario de ese cheque? Aunque, a decir verdad, esta clase de trabajos no suelen pagarse con cheques, sino con billetes de curso legal y de difícil comprobación numérica. El cheque puede ser más tarde una prueba de cargo en una corte.

—También podría ser que pagando con un cheque se hiciera menos sospechoso.

—Es posible, podría indicar que obra con legalidad. De todos modos, aún no me has dicho cuál es el destinatario de tan sabroso cheque.

—Un sanatorio psiquiátrico de carácter privado que existe en las afueras de San Francisco.

—¿A ese sanatorio llevan las víctimas que causan sus armas?

—El señor Brando no quiso dar publicidad a este donativo de carácter anónimo que hizo al White Sky Center, sanatorio psiquiátrico. Después de todo, la mayoría de los magnates de la industria realizan donativos de esta especie a centros sanitarios.

—Sí, es posible, pero si se divulgara saldría beneficiado en la opinión pública. Eso me hace sospechar de él. No creo que Brando no aprovechara una circunstancia como esa para luchar contra las diatribas del asesinado Petford. Por el momento, ese talón de doscientos mil dólares es la pista que necesitaba para comenzar a averiguar algo de este asunto.

—¿Y si la pista no te conduce a ninguna parte?

—No suelo darme por vencido fácilmente, es algo que tendrá que constatar Simón Brando. Según él, no merezco ni la pena de que se me preste atención.

—Dan, investiga cuanto puedas sobre el talón y ese centro psiquiátrico. Es la única duda que tengo sobre si Brando es o no el verdadero asesino de Petford.

—¿Necesitas quedarte tranquila?

—No pertenezco al movimiento de las flores, pero tengo mis escrúpulos de conciencia.

—Eso está bien, cariño.

Le di el segundo beso, se lo merecía. Me había dado una pista que era lo que necesitaba para empezar, claro que sin pista ni nada le hubiera dado, no un beso, sino un centenar.

—Hum, eres muy impetuoso. ¿Siempre haces lo mismo con todas las chicas?

—Todas no son tan hermosas como tú.

—El que pretenda descubrir si mi jefe es un asesino o no y limpiar mi cabeza de dudas no quiere decir que sea presa fácil para un Casanova de impulsos no controlados.

—Tú te lo pierdes, Helen. Por dejarme como un erótico no voy a volver a besar tus rabiosamente atractivos labios. El próximo beso tendrás que dármelo tú.

Confieso que en aquellos momentos tenía mucha con fianza en mí mismo. ¿Qué gallo no presume de los colores de sus plumas irguiéndose altanero y orgulloso en presencia de la hembra?

—Si averiguas algo importante, házmelo saber y, por favor, no digas a nadie nada sobre esta cita. Podría perder mi empleo y ya jamás nadie contrataría a una secretaria que no es capaz de ser fiel a la empresa donde trabaja.

Helen se alejó de la habitación del motel y yo me dejé caer sentado sobre la cama. Era blanda, mullida. Una lástima, aquella no era mi noche de suerte.

Me tendí de espaldas y con las manos cruzadas bajo la nuca tuve la impresión de que lejos, en alguna parte un perro aullaría pero no de miedo.

CAPÍTULO IV

Hubiera sido más rápido abordar un «Boeing» para desplazarme de Los Ángeles a San Francisco, pero opté por trasladarme en mi propio auto.

Tomé alojamiento en un motel de las afueras.

Me di un duchazo y devoré una hamburguesa doble para poderme tener en pie antes de dirigirme al White Sky Center. Por supuesto, antes de salir de Los Ángeles me había asegurado de la existencia de dicho sanatorio y de que no se trataba de una broma de la bella Helen.

Repuesto físicamente, me dirigí al centro psiquiátrico. Esperaba hallar una edificación moderna, con los últimos avances de la ciencia, y me encontré con una especie de lóbrego caserón con más de cien años de existencia.

Tenía el aspecto de una cárcel antigua o quizá peor, de un manicomio a la antigua usanza. Un grueso muro de cuatro metros de altura le rodeaba, mostrando una alambrada de espinos en lo alto. No hubiera dado un centavo por quien fuera alérgico a la electricidad si se cogía a ella.

A aquel caserón, convertido en centro psiquiátrico, se llegaba a partir de un desvío de la carretera estatal. A ambos lados, bosque y soledad humana.

Unos altos postes de madera llevaban el tendido eléctrico a considerable altura. La carretera, en principio asfaltada, dejaba de estarlo a la tercera milla. Luego, piedras y camino de tierra. Tras de mí se alzó una gran polvareda; hacía tiempo que no llovía.

En mi primera ojeada solo pude ver el lado sur del muro, ya que el camino pasaba junto a él.

Enfilé el motor de mi coche contra la gran puerta en chapa de hierro que no permitía ver el interior que había podido observar vagamente desde el camino que descendía por la colina. El manicomio se hallaba bastante hundido en el valle.

Al sonido del *claxon* acudió a la puerta un hombre uniformado, de aspecto siniestro. Portaba un grueso cinturón al estilo policial, del que pendía un largo «Colt 45». Su cabeza estaba cubierta con una gorra de plato y visera reluciente.

—¿Qué busca aquí?

Como que solo había abierto una pequeña puerta que existía dentro de la grande, pensé que se me haría muy cuesta arriba franquear el portalón. Qité las llaves del contacto, me las guardé en el bolsillo de la chaqueta y me dirigí a aquel portero que más parecía un cancerbero de la más severa y vigilada penitenciaría.

—He de hablar con el director del centro. Me llamo Dan Newman.

El portero achicó los ojos para escrutar-me mejor. Dudó un instante y dándome con la puerta en las narices me dejó en la calle. A través de la plancha de acero que juzgué no era muy gruesa, escuché el ruido de un teléfono haciendo llamada. Luego, el tipo habló, pero sus palabras sonaron demasiado bajas para lograr entenderlas.

Al fin, la puerta se abrió nuevamente y yo mostré una sonrisa. No tenía deseos de que me tomaran por un psicópata que buscaba hospedaje. De ocurrirme tal desgracia algún día, elegiría un refugio menos siniestro.

—Pase.

—De acuerdo. Dejaré el coche aquí fuera, no creo que me lo roben, a menos que alguno de los internados salte el muro y se lo lleve para escapar lejos.

—No es fácil saltar el muro, está electrificado en lo alto —objetó el portero, confirmando lo que yo había supuesto.

Sin embargo, dije:

—¿Y no será peligroso para los reclusos que traten de fugarse? No creo que sea justo que en su intento de evasión se tuesten a la parrilla.

—No hay cuidado. El muro, por su parte interior, tiene otra alambrada también electrificada pero más débil. Las descargas asustan pero no matan.

—Eso está mejor, ya empieza a gustarme más este lugar —mentí descaradamente.

El vigilante no sonrió; me pareció que no tenía sentido del humor.

Aquel caserón de piedra y madera debía de haber sido edificado por algún europeo que hiciera fortuna en el nacimiento de San Francisco.

Entre el caserón y el muro habían algunos acres de jardín, cuidado frente a la casa. El resto me faltaba verlo.

En el vestíbulo me recibió una mujer morena, hermosa, pero con algunos años más que Helen.

—¿Qué es lo que desea de nuestro centro, señor Newman?

La fémina iba vestida con una bata blanca que no conseguía ocultar la redondez de sus senos y caderas.

—Quiero hablar con el director, el doctor Hans Walker.

—El doctor está ocupado. Sus pacientes lo requieren en estos momentos.

El vigilante del revólver no se despegaba de mí. Al parecer no iba a retirarse hasta que la bella recepcionista le diera la orden.

—Verá, se trata de un caso muy especial y además confidencial. Cuanta menos gente nos oiga, mejor, ¿no le parece?

El vigilante se dio por aludido y la mujer también.

—Parker, déjanos solos.

Asombrosamente para mí, el aludido, sin gruñir siquiera, se alejó.

Ello me obligó a pensar que la mujer que tenía delante no era una

enfermera cualquiera, es decir, si había más enfermeras en aquel caserón convertido en casa de locos.

—Ahora, señor Newman, usted dirá. ¿Se trata de algún pariente cercano, acaso su esposa?

—No, permanezco soltero. He tenido la desgracia de no toparme con una mujer como usted antes de ahora, claro que para estar más seguro me falta...

Ante la pausa intencionada, ella inquirió:

—¿El qué?

Me acerqué, y sin tocarla con las manos, la besé en los labios.

Ella tuvo una primera intención de retroceder, pero se contuvo y aguantó. Debo de reconocer que la caricia fue larga, con un sabor distinto. Era algo ácido, como fresas poco maduras.

Con mirada desafiante y sonrisa irónica, me preguntó:

—¿Ha creído que echaría a correr gritando?

—Oh, no, ya sé que está habituada a tratar con toda clase de dementes. De otra forma no tendría el cargo que ocupa, a menos que sea familia del doctor Walker.

—Acertó. Me llamo Loren Walker y soy su sobrina.

—En ese caso, opino que nos entenderemos muy bien.

—¿Entendernos? Todavía no ha dicho a qué ha venido a este sanatorio, señor Newman.

—Llámeme Dan, es más corto.

—Bien, Dan. ¿Acaso sufre usted un problema de psicopatía erótica?

—¿Es seguidora de Freud?

—No necesariamente.

—No discutamos ese punto. Ahora, si avisa al doctor Hans Walker, se lo agradeceré.

—¿Con otro beso? —preguntó irónica.

—En ocasiones soy más espléndido.

—Está muy seguro de sí mismo, Dan.

—¿Es eso otro síntoma de locura sexual?

—No; y ahora, si no me dice para qué desea ver al doctor Walker, me temo que tendrá que volver otro día.

—¿Tantos psicópatas hay internados aquí para que el doctor Walker tenga tanto trabajo?

—Según las estadísticas que publican los periódicos, el tanto por ciento de norteamericanos psicópatas, en mayor o menor grado, aumenta diariamente.

—Sí, a este paso se van a olvidar del problema del cáncer provocado por los cigarrillos y de los dipsómanos causados por el *whisky*. Ahora, como veo que no hay forma de pasar por encima de su hermosa, adorable y curva anatomía, le diré que deseo consultar las listas de sus internados

en los últimos tiempos.

Loren achicó sus pupilas, recelosa, pero no dejó de sonreír mostrando una nivea dentadura que lo mismo podía considerarse hermosa que temible. Un mordisco de aquellos afilados dientes, en un arrebato de odio o pasión, haría bastante daño si la mujer no se controlaba.

—¿Para qué quiere ver esas listas? ¿Representa al Gobierno o al Colegio de Médicos?

—Ni a una cosa ni a otra.

—¿Entonces?

—Soy investigador privado y represento a mi cliente.

—¿Y su cliente es...?

Sonreí moviendo la cabeza negativamente.

—Lo lamento, es secreto profesional.

—Pues yo también lo siento, Dan, no puede ver las listas. Es secreto profesional —dijo con marcado retintín. Me había devuelto la pelota.

—Prefiero que me lo diga personalmente el profesor Hans Walker.

Antes de que Loren pudiera evitarlo, di un par de zancadas de lado. Había visto, disimulado entre los muebles barrocos, de estilo caduco, un dictáfono. Pulsé el botón de llamada general y ante la sorpresa y disgusto de la mujer, exclamé:

—¡Doctor Walker, doctor Walker, acuda a recepción!

Loren trató de detenerme, pero yo la sujeté por un brazo. Quiso gritar y la besé en la boca, bebiéndome sus palabras; claro que ella se bebió un grito mío... Sus dientes resultaron tan afilados como los de una comadreja.

—Solo me besan cuando lo consiento, y en cuanto a su llamada...

Pulsó un timbre disimulado bajo una consola mientras yo me secaba la sangre del labio con un pañuelo que quedó manchado de rojo.

La alarma estaba dada. ¿Quién llegaría antes, el doctor Walker o el siniestro vigilante con su revólver? La verdad, yo no me había armado, no lo consideré necesario.

Se abrieron dos puertas a un tiempo. La que daba al jardín y otra interior.

Por la primera apareció el vigilante del «Colt» y por la otra un hombre de aspecto recio, cabello cano cortado al cepillo, aire germánico y rostro duro. Aquel sujeto debía rebasar la cincuentena, pero un puñetazo suyo podría derribar a más de un gallito veinteañero.

—Doctor Walker, su sobrina me ha hablado muy bien de usted. Solo deseaba hacerle algunas preguntas.

El doctor Walker era un hombre seguro de sí. No era fácil de sorprender y mucho menos mediante los halagos. En principio, miró interrogante y severo a su sobrina. Esta, ante la muda pregunta, respondió:

—El señor Newman es un hombre muy impulsivo. Le he dicho que volviera otro día y no me ha hecho caso, manipulando por su cuenta en el

dictáfono. Es investigador privado y debe de estar acostumbrado a los allanamientos de morada.

Esta vez, el científico psiquiatra clavó sus ojos en mí. No había que ser muy experto para percatarse de que tenía una mirada muy especial. Quizá poseía el magnetismo suficiente para practicar la sofrología.

—Señor Newman, creo que su comportamiento no es el más adecuado. Podría pedirle a Parker que le acompañara hasta la puerta o retenerlo aquí y llamar a la policía.

—También podría encerrarme en una de sus celdas para curar mi impulsividad.

—Es cierto, pero no hace falta llegar tan lejos. Exponga su problema pero sea breve.

—Quiere consultar las listas de internados.

Aunque dueño de sus reacciones, capté que Walker se disgustaba por lo que acababa de oír.

—Eso es secreto, señor Newman, y usted debería de saberlo. Los pacientes que son internados aquí, lo mismo que sus familias, confían en nuestra discreción. Sin embargo, haré una excepción con usted.

Tengo que reconocer que en mí brilló una esperanza.

—¿Me dejará ver las listas?

—No, eso no. Díganos cuál es el nombre que desea hallar y le diré si está o no, todo sin ningún compromiso posterior por mi parte. Ya que es investigador privado, colaboraré.

Comprendí que en aquella mi primera visita ya nada tenía que hacer. Si como sospechaba era cierto que Lobello había estado internado en aquel sanatorio, no iban a decírmelo y tampoco era aquel el momento de decirles que sabía que el magnate Simón Brando les había extendido un cheque por valor de doscientos mil dólares, una cantidad muy respetable.

El doctor Walker sospecharía inmediatamente de mí y si algo tenía que ocultar se pondría a la defensiva, de modo que debía de salir de allí del modo más airoso posible, sin celos que entorpecieran mi labor posteriormente, ya que aquella no era la última visita que realizara al siniestro sanatorio.

—Bueno, puestas así las cosas, hablaré francamente.

—Será lo mejor para usted, señor Newman. Por cierto, ¿ha sufrido un accidente al venir? Veo sangre en su labio. Claro que el camino es tan malo y hay tanto boscaje en derredor...

—No es nada, doctor, lo que sucede es que cada vez que me veo ante la puerta de un manicomio me castañetea tanto los dientes que acabo por morderme yo mismo.

—Los psicópatas no son tan de temer como nos han hecho creer en la literatura o en los filmes de Hitchcock. Debe de superar sus prevenciones, señor Newman.

—Es lo que yo le he recomendado —apuntilló la bella enfermera.

Loren sonreía. Confieso que la hubiera mordido muy a gusto en aquellos momentos. ¿Venganza, psicopatía sexual...? ¡Qué importaba!

—El nombre que busco es el de Henry Fuller.

Naturalmente, el nombrecito acababa de inventarlo sobre la marcha y no había cometido la torpeza de mencionar a un Brown o a un Smith.

—¿Henry Fuller, Henry Fuller? No recuerdo haber tenido ningún paciente llamado así en el sanatorio. Y tú, Loren, ¿lo recuerdas?

La hermosa morena comenzaba a negar con la cabeza cuando se abrió con violencia una puerta que conducía a otro saloncito del que partía una escalera ascendente. En ella apareció un hombre con el traje blanco de enfermero y portando un rifle de dardos hipodérmicos. Lo reconocí al instante, pues había visto varios de ellos en la mansión de un cazador que prodigaba sus viajes a África.

—¡Doctor Walker, Schroeder se ha escapado!

La excitación del enfermero sorprendió a todos, especialmente a él mismo. Comprendió de inmediato que había hablado de más en presencia de un extraño como yo.

El doctor Walker le fulminó con su mirada y el enfermero se detuvo como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Un segundo después se volvió hacia mí; sonreía como si nada ocurriera.

—Bien, señor Newman, ya sabe lo que deseaba. Ese Henry Fuller no ha pasado por este sanatorio. Ahora, lo siento, pero tenemos otras cosas más importantes que hacer. Parker, acompáñalo hasta la puerta.

El tipo de aspecto siniestro y brillante «Colt» me abrió la puerta. No quedaba otro camino para elegir.

—Gracias de todos modos, doctor Walker. *Miss Loren*, no la olvidaré fácilmente.

No tardé en verme en la calle, es decir, en el camino. Parker cerró la hoja de acero ruidosa y significativamente. No era yo persona bien recibida en el White Sky Center.

CAPÍTULO V

Tenía que organizarme un plan para entrar en el sanatorio y repasar las listas de internos. Si descubría en alguna parte el nombre de Lobello, Simón Brando tendría problemas con el fiscal. Doscientos mil dólares pagados a una institución psiquiátrica de la que había salido el hombre que asesinara al popular Petford, enemigo potencial de Brando, le ocasionarían muchos problemas. Tendría que explicar algunas cosas inexplicables, sería el principio del fin.

El fiscal general del estado de California se pondría a trabajar con sus sabuesos hasta hundirle. Yo solo tenía que levantar la tapadera de la olla donde se cocían los más sucios crímenes, pero, ¿lograría levantarla?

Intentar introducirse en el sanatorio era un riesgo muy grande. Un alto muro, alambradas electrificadas, vigilantes armados. Si no moría electrocutado, podían matarme a balazos o, lo que era peor, acertarme con un dardo hipodérmico. Me dormirían y luego, ¿quién sabía? ¿Me entregarían a la policía por allanamiento de morada? Quizá no. Si eran culpables como yo suponía, posiblemente me encerrarán en la más lóbrega mazmorra del caserón, convirtiéndome en un psicópata más de la institución.

Había leído mucho sobre tratamientos psíquicos a prisioneros políticos. No era tan difícil convertir a un hombre sano y normal en un demente en potencia, rebasando los límites permitidos de la terapia sonora y fotónica, acompañada de irregularidad en el sueño y las comidas, aislamientos, angustia y una serie de aparatos electroencefalográficos que podían trastornar la mente del más juicioso de los hombres.

Francamente, no me atraía la idea de caer en manos de un psiquiatra malintencionado, pero todas aquellas aprensiones y razonamientos no apartaron de mí la idea de investigar más a fondo en el White Sky Center.

Cuando aparqué mi automóvil en el motel, ya era de noche.

Me había entretenido comprando algunas cosas que precisaría si deseaba introducirme en el sanatorio con cierto éxito. Debía de ir preparado para salvar los obstáculos y defenderme.

Introduje el llavín en la cerradura de la puerta de mi habitación. Debía de dar una cabezada para estar despejado cuando hiciera falta.

Con gesto mecánico, mi mano fue en busca del interruptor, al tiempo que adelantaba un paso hacia el interior de la estancia.

De súbito, un sexto sentido me advirtió que no estaba solo. Quizá fue el olor de un tabaco distinto al que yo solía fumar o un sudor que no debía de estar allí, lo cierto es que giré de inmediato. Junto a la jamba de la

muerta había un sujeto desconocido para mí.

Todo ocurrió en fracciones de segundo, pero tuve tiempo de verle la cara, la luz se había encendido en la estancia.

El tipo tenía una cicatriz que partía de la comisura del labio, en su lado izquierdo, hasta el lóbulo de la oreja. Era una cicatriz fea, quizá una cuchillada producida en una oscura riña dentro del mundo del hampa.

No tuve tiempo de pensar, solo de grabar en mi mente aquel rostro enjuto, de dientes pronunciados.

El desconocido tenía en su mano una barra de plomo que en aquellos instantes descargaba sobre mi cabeza. Ladeé mi cráneo antes de que me lo partieran, pero la barra de plomo me alcanzó en la clavícula con fuerza, afectándome parte del cuello. Durante un breve instante sentí un intenso dolor y la luz se apagó ante mis ojos pese a que permaneció encendida.

Cuando desperté me dolía la cabeza, el cuello y el hombro izquierdo. Quise mover mis manos y no lo conseguí. No tardé en adquirir conciencia de que tenía las manos sujetas a la espalda, aquella no era la primera vez en mi vida que me encontraba en una situación semejante.

Al abrir los ojos no vi nada. El aire estaba enrarecido, olía a goma, a aceite y a gasolina. El lugar era muy angosto, porque al levantar la cabeza me golpeé contra algo metálico. Al tratar de estirar las piernas tampoco lo conseguí.

Quise recordar lo que me había sucedido y de inmediato me acordé del tipo de la cicatriz en la cara. Lógicamente, debía de hallarme en sus manos y si de momento continuaba en el mundo de los vivos ya era una suerte.

No sé por qué, pero en aquellos instantes pensé en Helen y me dije que mejor estaría con ella en un agradable y solitario rincón, gozando de su amor, que allí encerrado, posiblemente a punto de ser asesinado.

Por encima de mis dolores de cabeza percibí el ruido de un motor de automóvil y el chirriar de unas ruedas al tomar una curva.

No cabía duda, estaba de viaje y aquel sitio angosto no era otra cosa que un amplio maletero.

Recordé que una forma de deshacerse de alguien era encerrarlo en un coche y despeñarlo luego por un acantilado para que se hundiera en el océano.

Me dije que aquella sepultura no me gustaba y por otra parte era demasiado joven para morir. Comencé a pensar en mi escapatoria.

Lo primero que hice, fue encogerme cuanto pude y pasar mis manos atadas por detrás de mis posaderas. Siguiéron las piernas, y las manos quedaron al fin al alcance de mi boca. No fue sencillo pero lo conseguí, y mis dientes comenzaron a trabajar activamente aunque hubiera preferido tener a mi alcance un acero cortante.

A cada movimiento que hacía con el hombro golpeado, me dolía

horrores. Temí que me hubieran partido la clavícula.

Mientras el automóvil proseguía su marcha, liberé mis manos. Después, tanteé en la cajuela y descubrí la caja de herramientas del automóvil. Me hice con una palanca y con ella reventé los cierres del maletero, tratando de no hacer ruidos que delataran mi intento de fuga.

Cuando abrí la tapa, la alcé una pulgada y miré por la abertura mientras aspiraba el aire puro de la noche.

Rodábamos por una carretera a más de cien kilómetros hora. A cierta distancia seguían más faros de automóvil.

Pensé que suicidarme por temor a que me asesinaran era una estupidez. Lanzarme del auto a aquella velocidad era buscarme la muerte. Luego, los demás coches de la carretera pasarían sobre mí hasta dejarme impreso en el asfalto como ocurre con los gatos que, desgraciadamente para ellos, cruzan la cinta asfáltica y son arrollados sin que nadie los retire después. Al cabo de unas horas, sus cuerpos forman parte del asfalto.

De pronto, noté que la velocidad se reducía. Fue una acción rápida, estaba pegándole al freno con el pie. Las ruedas chirriaron al tomar una cerrada curva.

Alcé la tapa del maletero y observé que estaba saliendo de la carretera general para introducirse en una lateral sin asfaltar, alzando una gran polvareda. Antes de que volviera a pisar el acelerador, alcé más la tapa y salté al suelo rodando hecho un ovillo.

El coche (cuya marca y modelo no pude ver a causa de la oscuridad) siguió adelante y yo me puse en pie, percatándome de que, aparte del intenso dolor de mi clavícula, no me había roto ningún hueso más.

Regresé a la carretera. Jugándome el físico, la crucé. Ya en el otro lado, me puse a hacer autostop.

Un «Pontiac» azul con tres chicas en su asiento delantero marcó sus neumáticos en el asfalto. No me entretuve en preguntar. Abrí la portezuela trasera y salté al interior.

Al cerrar de nuevo, la conductora arrancó brusca y precipitadamente. De inmediato me di cuenta de que aplastar el acelerador hasta el fondo le gustaba más que un beso de su ídolo del disco.

—Vamos a San Francisco, ¿le va bien?

—Mientras no me dejen en el cementerio hecho pedacitos, sí.

Las chicas se rieron, yo no.

El «Pontiac» se puso al tope de sus posibilidades, rebasando a los demás automóviles que rodaban delante. Ellas se divertían más que viajaban.

—¿Le asusta la velocidad? —me preguntó la pelirroja del volante.

—Oh, no, lo que me disgustaría es que cuando se celebre mi entierro alguien comentara: «Pobrecito, está irreconocible».

—¿Tiene alguna historia interesante que contarnos? —inquirió otra de las chicas, arrodillándose en el asiento y cruzando sus brazos sobre el

respaldo para clavar en mí los dos faros que tenía por ojos.

—Mi automóvil se ha estropeado. He querido arreglarlo y me he llenado de polvo. Esa es toda mi historia.

—Bah, qué vulgar. Es un burgués —gruñó la chica de en medio.

La que seguía arrodillada sobre su asiento, suspiró con ojos soñadores.

—Sí, pero es tan guapo... —sacó un cigarrillo de alguna parte y me lo ofreció—. Fume, le hará pasar el mal rato.

De inmediato olí la marihuana que aquel pitillo contenía en dosis casi explosiva. Pensé en la posibilidad de que el auto fuese robado, y que la mismísima conductora estuviera drogada.

—Oh, no, gracias. Su amiga lo ha dicho, soy un burgués que además teme al cáncer.

—¿Está soltero o casado?

—Soltero —dije sencillamente.

—¡Qué lástima! —se lamentó la del centro, cuyo rostro no vi—. Yo prefiero a los casados, están más experimentados.

Me entraron fuertes deseos de mordirme el pulgar con el que había hecho autostop, pero afortunadamente pronto divisé las luces de la gran ciudad.

Una luz roja se encendió ante nosotros y la conductora tuvo la feliz idea de frenar, aunque más que la luz roja, lo que la obligó fue un camión de gran tonelaje que apareció cruzando.

Yo aproveché la circunstancia para abrir la portezuela, saltar fuera del coche y gritar:

—¡Gracias!

Cuando me acomodé en el asiento posterior de un taxi suspiré de alivio. Las terribles aventuras de Tarzán en la selva se me antojaron pueriles.

En el aparcamiento del motel seguía mi automóvil.

Me dije que cuando el sicario que trató de asesinarme se diera cuenta de que había desaparecido del maletero de su coche, aparte de acordarse de mi madre, giraría el volante ciento ochenta grados para regresar en mi busca.

Como, por el momento, no tenía deseos de volver a verle, pagué mi cuenta y regresé a mi habitación para recoger mi maletín.

El sicario se había dejado la puerta abierta. Solo tuve que empujarla.

Otro olor desconocido llegó a mi olfato y esta vez no llevé la mano al interruptor. Vi una sombra que se movía delante de mí y me arrojé en plancha contra ella, olvidando mi clavícula dolorida.

Atrapé el cuerpo y fue tal mi empuje que traspasé la habitación, cayendo sobre la cama.

El cuerpo que había aprisionado se debatió bajo el mío. Al querer sujetarlo noté que tenía ciertas partes algo grandes y redondas. Parpadeé en la oscuridad, tanteé con mis manos y hallé la cadenita de la lámpara de

cabecera.

Al encenderse la luz sobre la cama descubrí a una mujer atrapada por mis piernas.

—¡Helen!

—¡Me haces daño!

—¿Qué haces aquí?

—Un hombre de Simón Brando te sigue y ha recibido orden de matarte. He venido en el primer avión para avisarte.

—Muchas gracias, pero has llegado tarde.

—Si no estás muerto todavía...

Sin soltarla, comprobando su respiración agitada, pues su turgente busto se alzaba y descendía algo más aprisa de lo normal, respondí:

—Ese sicario ya ha estado aquí, solo que no ha tenido suerte conmigo. Sin embargo, puede volver y salirse con la suya, de modo que vámonos. ¿Has traído equipaje?

—No, he venido tan aprisa que no he cogido nada.

—Entonces, con recoger mi maletín es suficiente.

Salté de la cama y tomé mi maletín. Antes de que apareciera aquel sicario, vomitando con rabia y frustración todo el plomo que llevara su arma, tiré del brazo de Helen.

—Eh, eh, que me haces daño.

—Hay que darse prisa. Si Brando se entera de que estás aquí para avisarme, me temo que querrá asistir a los funerales de su bella secretaria.

Ya dentro de mi «Ford-Mustang», lo puse en marcha y pisé el acelerador a fondo, alejándome a toda velocidad del motel.

Helen, a mi lado, me observaba con un revoltijo de sentimientos tras sus preciosos ojos verdes.

CAPÍTULO VI

Dos dólares bastaron para transformar la suspicacia del recepcionista en una sonrisa servil no exenta de complicidad.

Helen firmó como señora Smith y yo como un tal Brown. ¿Qué más daba? Habían tantos Smith y tantos Brown en Estados Unidos que dos más ya no se notaban. Naturalmente, el empleado del hotel no se tragó la píldora, aunque aceptara con una inclinación de cabeza las firmas del libro-registro.

El hotel era una mediocridad y estaba ubicado cerca del barrio chino de San Francisco, uno de tantos hoteles donde una pareja cualquiera renta una habitación para abandonarla horas después, sin importar que hombre y mujer jamás vuelvan a verse con posterioridad o quizá sí terminen por conocer la cara del recepcionista a base de una asidua asistencia.

Helen arrugó su coquetona nariz en señal de desaprobación.

—¿No había otro hotel mejor?

—Naturalmente que lo hay, encanto —le respondí irónico, mientras me acercaba a la ventana para dar un vistazo a la calle—, pero este resulta más discreto y no tengo deseos de tropezarme de nuevo con ese sicario enviado por Brando. Si no me mata él tendré que liquidarle yo y me veré empapelado durante algún tiempo. Brando, de una forma u otra, se va a frotar las manos de satisfacción. Lo que a él le interesa es que nadie hurgue demasiado en este asunto del asesinato de Petford.

—El conserje ha pensado mal de nosotros —protestó Helen.

—Habría sospechado más si le hubiéramos pedido dos habitaciones, cariño.

Helen se dejó caer sentada en la cama, que gruñó bajo su peso aunque estaba con los kilitos justos, tal como a mí me gustaban, ni gordas ni flacas.

—¿Por qué me habré metido en este lío? —se lamentó.

Me volví hacia ella. La calle estaba abigarrada de gente y había aparcado mi coche a una considerable distancia. El sicario debía de conocer la matrícula del mismo y si se dedicaba a dar vueltas por la ciudad acabaría encontrándolo.

—Nunca sabemos por qué nos metemos en los líos. Cuando nos damos cuenta ya estamos involucrados en ellos y lo difícil es salir. La verdad, mi fórmula no es precisamente retroceder. Cuando tomo una decisión lo hago con todas las consecuencias.

—Creo que habiéndote avisado ya de lo que ocurre, debo de regresar a Los Ángeles.

—¿Temas que adviertan tu falta en la oficina?

—No, tengo una semana libre.

—En ese caso, ¿por qué tanta prisa?

—No creo que lo más oportuno sea quedarme en la habitación de este hotelucho con un hombre que es casi un desconocido y además investigador privado.

—¿Tan mala fama tenemos los investigadores?

Ella no respondió directamente. Me miró a la cara y preguntó:

—¿Qué te ha pasado en el labio?

Puse cara de circunstancias y respondí:

—Me he golpeado contra una puerta.

Pensé que aquello es lo que todo el mundo decía cuando aparecía con un ojo tumefacto. ¿Por qué no aplicar la misma fórmula a la boca herida?

—Pues te habrás dado con la cabeza ladeada o no lo entiendo —se me acercó peligrosamente y observó—: Yo diría que son señales de dientes.

Instintivamente me toqué la herida y objeté:

—Sería una puerta de mala calidad, ya sabes cómo trabajan hoy en día algunos profesionales. Un canto fino y recto lo transforman en una pura sierra y toda la culpa la tienen las huelgas. Una hora de trabajo y una hora de inacción. Por eso sale todo mellado.

Creo que Helen no quedó muy convencida con mi razonamiento. Se detuvo frente a mí, a menos de dos palmos, y clavó su intensa mirada en mis ojos, preguntando:

—¿Cómo ha tratado de asesinarte ese sicario enviado por Simón Brando?

Antes de que pudiera responder, Helen levantó su mano y la apoyó en mi hombro. Me puse pálido y me flaquearon las piernas.

—Dan, Dan, ¿qué te ocurre?

—Creo que ha llegado el momento de ver lo que me ha hecho ese tipo de la cicatriz.

—¿Te ha golpeado?

—Sí, con una barra de plomo. En cuanto a la forma de liquidarme, no quise esperar para conocer sus proyectos. Claro que cuando este caso quede solventado, si es que sobrevivo —es lo que digo siempre que estoy metido en una investigación de tipo criminal—, me las pagará.

—Oh, Dan, será mejor que veamos tu herida.

Ella misma me soltó el primer botón de la camisa y yo no me hice de rogar. La ayudé hasta tener el torso desnudo.

—No sé si me ha roto la clavícula el muy bestia, aunque si no ladeo la cabeza a tiempo, en la Morgue habrían sentenciado: «Fractura de cráneo. El pobre no vivió para contarlo».

No me hizo falta un espejo para darme cuenta de que el golpe sí me había dejado señal. Me bastó ver el rostro adorable de Helen.

—Dan, es mejor que esto lo vea un médico. Es una moradura de más de cinco pulgadas.

—Ya decía yo que el sujeto ese traía mala uva.

—Avisaré para que manden un médico.

—No, encanto, no quiero médicos ahora, a lo peor me dice que tengo fractura y ya me veo escayolado. Francamente, es una posición ridícula para un investigador privado. Dejémoslo en simple cardenal y ya se pasará.

—¿Y si es fractura?

—En principio lo temí, pero ahora ya no creo que lo sea. Aunque dolorosamente, puedo hacer bien todo el juego del brazo. Si quieres hacer un poco de enfermera, sí acepto. Después de todo, no voy a hacerme el valiente; esto duele.

—¿Qué quieres que haga?

—En principio me pides un bocadillo con una hamburguesa doble y una cerveza para poder hacer bien la digestión.

—¡Dan!

—¿Qué quieres, querida? Tengo hambre.

—Los hombres sois todos iguales.

—Te recomiendo que te tomes también un bocadillo; pero no pidas champaña; se van a creer que es la primera vez que nos reunimos y entonces los empleados de los hoteles se tornan más curiosos.

—Tienes mucha experiencia, ¿eh?

Carraspeé.

—Luego, pide un linimento que sea fuerte, pero que no huela a diablos. Si me das un masaje en la zona afectada después de tomar un baño, creo que me sentiré más aliviado. Tengo muchos problemas que resolver todavía y no me conviene estar mermado físicamente.

La habitación no estaba tan mal como sus desconchadas paredes daban a entender. Helen salió. Pensé que en vez de regresar podía coger un taxi y dirigirse al aeropuerto regresando a Los Ángeles, pero si la paloma quería volar, ¿quién era yo para retenerla?

Me quité la ropa y me metí en la bañera con agua caliente, pese a ser verano.

Dilaté todos mis poros, escupí la grasa por ellos, bañé la parte dañada por el golpe y permanecí más de veinte minutos sumergido. Vacíé la bañera y la llené de agua fría para cerrar nuevamente mis poros.

Me sequé y abandoné el baño envolviéndome de cintura para abajo con una toalla en el momento en que Helen regresaba con los bocadillos y una bolsa conteniendo productos de farmacia.

—Hola, ¿te han puesto inconvenientes?

—No, el conserje ha sonreído.

Yo entendí por qué con solo mirar los bocadillos y los fármacos.

—Acabo de bañarme.

—¿Te sientes mejor? —inquirió sin escandalizarse por mi facha.

—Pues sí —respondí con sinceridad.

—Anda, tiéndete en la cama, que voy a darte un masaje. Ese bruto podía haberte partido los huesos.

Decidí portarme bien. Después de todo, debía de mantener mi palabra. Recordaba haberle dicho a Helen que no volvería a besarla antes de que ella lo hiciera y yo era hombre de honor, claro que sentía un hormigueo en las puntas de mis dedos sobre los cuales tenía que imponer mi fuerza de voluntad para que se estuvieran quietos.

Temiendo que el masaje se convirtiera en tortura, me dispuse a aguantar, pero Helen me sorprendió con una suavidad que me hizo disfrutar aquellos momentos.

Las manos acariciantes de Helen, unidas a los productos de farmacia, me aliviaron sobremedida, aunque me advirtió:

—El moretón tardará unos días en desaparecer.

—Será un secreto entre tú y yo.

Se inclinó sobre mí y me dio un beso en los labios, un beso suave, acariciante, casi etéreo.

—Sabe a poco —protesté.

—Tienes el labio herido, no quiero lastimarte. Tendrás que comer con cuidado.

Me acordé de Loren y pensé que al igual que puede leerse en muchos jardines particulares debía llevar el letrerito de «Cuidado, muerde».

—¿Cómo has averiguado en qué motel me hallaba, Helen?

—Trotter se lo contó a Simón Brando por el teléfono particular.

—¿El teléfono particular de Brando puede ser interceptado con facilidad?

—No, pero Brando es un poco cómodo cuando está solo y escucha con el amplificador. Yo soy algo indiscreta con mi dictáfono y capto cosas. Todo comenzó un día en que el dictáfono se estropeó y vinieron a arreglarlo. El técnico, guiñándome un ojo, dijo que podía escuchar con un simple cruce de hilos. Yo sonreí y me explicó cómo se hacía. Naturalmente, me dijo que eso no debía de hacerse. Un día se me ocurrió hacerlo por mi cuenta. Es muy malo que una mujer se aburra por falta de trabajo.

—Sí, tenéis mucha imaginación y sois muy curiosas.

—Crucé los hilos y escuché. De este modo oí tu entrevista con Brando; es decir, parte de ella, pues no pude escuchar hasta que los dos vigilantes se alejaron.

—Y gracias a ese cruce también has oído la conversación entre el sicario y Brando.

—Sí. Últimamente tenía siempre los hilos cruzados, solo tenía que pulsar un botón de la línea muerta. Los dictáfonos de Simón Brando y el mío están encadenados y ambos son múltiples. Brando puede llamar a

cualquiera de las dependencias, pero suele pedirme a mí que lo haga por él. Llamo desde el dictáfono múltiple que existe en mi mesa y escucho siempre que estoy sola.

—¿Y qué le dijo el sicario?

—Se llama Trotter.

—Bien, ¿qué le dijo Trotter? —pregunté después de clavarle el diente al bocadillo de hamburguesa con cebolla.

—Le explicó que te había seguido hasta San Francisco. Que te habías hospedado en el motel Sanders en la carretera del interior y que habías ido de visita al sanatorio White Sky.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Que Brando le dio orden de liquidarte.

—Es muy expeditivo.

—¿Vas a presentar denuncia contra él?

—No; sin pruebas, no... Tu palabra contra la suya no sería suficiente para llevarle a una corte. Cuando atrape a Brando quiero hacerlo para que se pase el resto de sus días tras unas rejas.

—Lo que no entiendo es por qué no mandó a un hombre como Trotter para asesinar a Petford.

—No es lo mismo matar a un hombre importante como Petford que a un investigador privado como yo. En asuntos como el de Petford se investiga más a fondo, y Brando ha de aparecer siempre con las manos limpias. Es un problema político, se ha de convencer a mucha gente de su inocencia. En cambio, liquidarme a mí, es otra cosa. La propia policía, no acuciada por la opinión pública, solo intentaría buscar a Trotter y asunto concluido. Para investigar el asesinato de un hombre sin relevancia encargan el asunto a un sargento y a un par de agentes, y si no se resuelve, se cierra el *dossier* colocándolo en el archivo de casos pendientes. En el caso Petford se ha puesto en marcha toda la potencia policial de Los Ángeles.

—Sí, tomó cartas en el asunto el FBI y el mismísimo gobernador.

—Y eso que al asesino lo pillaron con las manos en la masa.

—¿Crees que ese Lobello tiene algo que ver con el White Sky Center?

—Sospecho que sí, pero hace falta algo más que simples sospechas para empapelar a Simón Brando. Ah, te agradezco que tomaras la repentina decisión de viajar hasta San Francisco para salvarme la vida.

—Alegué indisposición y pedí una semana de baja, pero por lo visto no llegué a tiempo.

—No sé si está bien que te lo pida, pero ahora que la estás involucrada en este lío...

—¿Qué es lo que deseas?

—Que colabores conmigo. Ese Trotter me buscará como un loco por San Francisco, incluso localizará mi automóvil. No es que le tenga miedo,

pero puede crearme obstáculos. Puede pagar a otros para que le ayuden a buscarme.

—Si te escondes en el hotel no te encontrará. Has firmado como Brown.

—Sí, pero encerrado en el hotel no averiguo nada. Esta noche descansaremos, creo que mis huesos lo merecen.

—Y el portazo que te has dado en la boca.

—Ah, sí, el portazo. Mañana me harás un favor.

—¿Cuál?

—Dejaremos el coche dónde está y tú rentarás otro. Luego, te daré una dirección y me traerás algunos aditamentos.

—¿De qué clase?

—Para disfrazarme un poco. Una peluca, un bigote y unas gafas obran milagros.

—Sí, es mejor que Trotter no te encuentre. La orden de Simón Brando ha sido terminante, podrías pedir protección a la policía.

—No, cariño, tendría que explicarles el asunto que estoy averiguando y me ocasionarían más problemas de los que ya tengo. Solo deseo que Trotter no se tropiece conmigo. Es un tipo que no me interesa. Si termino con Brando, el problema Trotter desaparecerá por sí solo.

—Pero mientras estés en San Francisco tendrás ese peligro siempre al acecho. En cualquier esquina, en cualquier lugar, desde el coche menos esperado, puede surgir Trotter, que tratará de matarte.

—Bah, no tiene importancia. Eso será como circular por la carretera, siempre estás en un tris de convertirte en angelito.

—¡Dan!

—¿Qué?

—Eres el tipo más simpático que he conocido jamás. Sabes tomarte la vida por el lado bueno y eso es importante. Creo que no ha de ser tan malo casarse con un sujeto como tú.

Volvió a besarme y esta vez no tuvo en cuenta mi herida del labio. Yo también me olvidé de ella.

CAPÍTULO VII

La peluca y el bigote rubio me habían transformado mucho, había que reconocerlo. Las gafas no me las puse, en verano molestaban. Helen, que se había empeñado en acompañarme, me observaba divertida.

—¿Tan horrible estoy? —le pregunté mosqueado.

—Oh no, pero me gustas más al natural, claro que el bigote disimula un poco el labio.

El «Ford» que había comprado de segunda mano era un modelo caduco, del sesenta y ocho, muy potente, pero no estaba seguro de que no nos dejara atorados en mitad de la carretera.

Helen y yo habíamos pasado un día nada aburrido pese a permanecer encerrados. Habíamos hablado lo suficiente como para darnos cuenta de que no éramos polos opuestos en cuanto a gustos se refería. Naturalmente, entre ambos existían las lógicas diferencias entre hombre y mujer. No es que me apasionara el boxeo, pero el combate entre Cassius Clay y Joe Frazier atraía mi atención y a Helen le reventaba.

La noche había llegado de nuevo y era el momento oportuno para intentar introducirme en el White Sky. De lo que no estaba tan seguro era de poder salir otra vez.

Era una tranquilidad que Helen me aguardara fuera, ella podría avisar a la policía, aunque tendría que explicar el porqué de mi allanamiento de morada y algún juez severo podía meterme en presidio por algún tiempo. Sabía a lo que me exponía, pero el caso lo merecía.

Traté de no hacer mucho ruido con el motor del automóvil por aquel camino polvoriento y vecinal que conducía al sanatorio.

En un lugar más elevado, desde el que podía contemplarse la residencia, introduje el «Ford» escondiéndolo. Frené, pero dejé las llaves en el contacto.

—Desde aquí puedes vigilar —dije a Helen—. No enciendas las luces para que no te vean. Esos tipos van armados y no son de fiar.

—¿Y cuánto tiempo debo de esperar aquí, media hora, una hora?

—No sé el tiempo que tardaré en descubrir lo que busco.

—¿Entonces?

—Debes de esperar hasta el amanecer, aquí no es fácil que te descubran. Si sale el alba y no he regresado, ve a San Francisco y avisa a la policía. Prefiero pasarme un tiempo entre rejas que el resto de mis días en una lóbrega mazmorra para locos, o quién sabe en qué disimulada tumba de ese jardín, sirviendo de abono a uno de los arbolitos.

—De acuerdo, Dan, pero no te expongas. Ahora que te he conocido no

quiero perderte. Tengo la impresión de que a tu lado, aparte de otras cosas, jamás me aburriré.

Me sentí halagado.

Estiré mi brazo, la ceñí por la cintura y la besé en los labios. Después de todo, mi promesa ya había quedado atrás, ella me había besado con anterioridad. En cuanto al sanatorio, podía esperar unos minutos más.

Apenas sin voz, buscando aire y abotonándome un botón de la camisa, que yo ignoraba llevaba abierto, me preguntó:

—¿Llevas la pistola?

—No.

—¿Cómo, y si te sorprenden?

—Si no vas armado, en el caso de empapelarte, el tiempo de cárcel es menor. Además, con la pistola en la mano se corre el riesgo de matar a alguien, aunque sea de accidente. Es preferible no llevarla.

—¿Y si tienes problemas?

—Ya me las arreglaré. Solo uso pistola cuando estoy dispuesto a arrestar a alguien que considero peligroso. De momento, en el sanatorio no he de detener a nadie. Solo voy de observador, en busca de una prueba que determine que Lobello estuvo encerrado allí.

—¿Y si lo consigues?

—Entregaré la prueba al fiscal general y al mismo tiempo le comunicaré la donación de los doscientos mil dólares por parte de Simón Brando. Ellos harán el resto. Yo no soy la ley, sino un investigador privado que ayuda a la justicia en algunos matices donde la ley misma no puede actuar.

—Suerte, Dan.

—Gracias, la necesitaré.

Me llevé la cuerda con nudos, el garfio y el cable de grueso trenzado de cobre a cuyo extremo había otro garfio también de cobre. Lo había fabricado yo mismo con una gruesa varilla que había comprado.

Descendí por la colina entre la maleza. Elegí uno de los postes más escondidos que conducían la línea eléctrica y soltando la cuerda de nudos, comencé a voltear el cable de cobre como si se tratara del lazo de un vaquero.

Con escasa visibilidad, pues la noche no era de gran luna, solté el cable con su gancho de cobre y este voló por el aire.

Tuve suerte, el giro fue acertado.

El gancho cayó sobre el primero de los cables, trabándose, mientras el resto del cable hacía conexión al caer encima del otro cable del tendido eléctrico. Se produjo el cortocircuito que yo había previsto.

De inmediato, todas las luces del sanatorio se apagaron. Imaginé que los fusibles del transformador del que brotaba aquel tendido eléctrico, saltaban.

—Ahora se pasarán un buen rato buscando la avería.

Colina abajo, me deslicé más aprisa. Escogí uno de los muros del sanatorio que no daban al camino.

Repetí la operación de volteo, ahora con el garfio, y la cuerda de nudos.

El gancho voló, asiéndose a la alambrada metálica, de ordinario con alta tensión.

Tensé la cuerda comprobando que había quedado fuerte y comencé a trepar por el muro. Cuando casi alcanzaba la reja electrificada, las luces del sanatorio se encendieron.

Estuve a punto de irme al infierno, tostado de antemano.

Los de la central eléctrica, tras cambiar el fusible, habían conectado el fluido eléctrico, pero como el garfio arrojado por mí continuaba en su sitio, provocando el cortocircuito, el fusible saltó nuevamente, sumiendo en la oscuridad al sanatorio.

Quizá esperarían al día siguiente para la búsqueda de la avería a todo lo largo del tendido eléctrico.

Me encaramé sobre la alambrada, tiré de la cuerda y la dejé caer por el lado interior para tener por dónde escapar cuando mi tarea de observación hubiera terminado.

Salté al jardín temiendo que de un instante a otro conectaran algún generador eléctrico que el hospital poseyera para casos de emergencia como aquel.

Me sacudía las manos de tierra tras recuperar la verticalidad, cuando de nuevo apareció la corriente eléctrica en el hospital. Habían desconectado la red exterior, en espera de que repararan la avería.

Me filtré entre los árboles y temí que hubieran perros sueltos. Si los había entre el caserón y el muro, en los jardines e instalaciones al aire libre, no me descubrieron y fue una suerte para mí.

Las ventanas de la planta a las que me acerqué, estaban bien protegidas con rejas. Alcé mi vista y observé que las del primer piso, de los dos que poseía el caserón aparte del desván bajo el tejado de estilo más nórdico que californiano, no estaban protegidas con rejas, pero se hallaban demasiado altas.

Opté por caminar junto a la pared del sombrío caserón hasta llegar a la puerta principal en busca de un poco de suerte, más no la tuve.

La puerta estaba cerrada y a cierta distancia vi la caseta del vigilante con luz en su interior. Recordé al siniestro Parker, con su «Colt» colgado del cinturón.

Aquel tipo podía pegarme un par de tiros sin remordimientos y, lo que era peor, sin que la ley le impusiera cargos por estar cumpliendo con su deber. Después de todo, él era el vigilante y yo el visitante furtivo.

Aunque ahogado por los muros, de alguna parte brotó un alarido

infrahumano, largo, prolongado, inquietante. A otro en mi lugar se le habría helado la sangre en las venas, pero yo ya debía de tenerla congelada, de lo contrario me hubiera quedado el resto de la noche junto a Helen en lugar de introducirme subrepticamente en tan siniestro sanatorio psiquiátrico.

Algunos perros ladraron y aquello no me hizo gracia alguna. Ignoraba cuántos serían y si estaban sueltos por los amplios jardines y arboledas que encerraba el muro o sujetos en algún sitio.

Antes de quedarme a averiguarlo, rodeé el edificio para acercarme al lado norte donde crecían grandes hiedras de recios troncos. Comencé a trepar por ellos para llegar al segundo piso.

El hombre o la mujer (no pude distinguir su sexo, más bien parecía un cadáver saliendo de su tumba en una de las películas de Polanski) volvió a aullar y los perros ladraron a su vez. Nadie se inmutó por aquellos alaridos. Al parecer, eran frecuentes. Pensé que era una suerte para Hans Walker hallarse en un paraje tan solitario, de lo contrario ya le habrían llovido las denuncias de la vecindad.

Con la frente perlada de sudor, sobrándome la chaqueta, llegué hasta la ventana apartando hojas de hiedra ribeteadas en color blanco.

No había luz tras ella. Mi problema era ahora abrirla para introducirme en el edificio.

Miré hacia abajo. La altura era considerable pese a ser un primer piso. Aquel caserón debía de tener techos exageradamente altos.

El tipo de cierre no era fácil de forzar desde el exterior y me dispuse a emplear el sencillo método de la ventosa aplicada al cristal, cortándolo alrededor.

Con unos golpecitos terminé de desprender la circunferencia de vidrio. Tras él había una cortina de algodón grueso y el cristal era demasiado recio para una ventana vulgar y corriente, claro que allí, en prevención de golpes por parte de los internados, debían de haber tomado la precaución de colocar vidrios de mayor grosor.

Introduje mi mano en el hueco practicado. Busqué la manecilla de cierre y conseguí abrir la puerta sin ruidos, temiendo que de un instante a otro me descubrieran los perros vigilantes.

Apartando la cortina, penetré en una estancia de no más de quince metros cuadrados de superficie y muebles asépticos que contrastaban con el estilo barroco del caserón. No era fácil de ver, pero aquello era una habitación de una sola cama, con muebles anexos, sofá, secreter y mesita, lo suficiente para el habitante de un internado por largo tiempo, un internado que se hallaba dentro de su cama, tocando con su calva la cabecera y con los pies los hierros pintados del otro extremo del lecho.

Aquel tipo medía dos metros por lo menos y además era un psicópata. Comprendí que en aquella habitación uno de los dos sobraba y puesto que

yo había llegado al último, debía de ser quien se largara y cuanto antes. Ignoraba hasta qué punto aquel sujeto tenía el sueño pesado.

Con sigilo para no despertarlo, me dirigí a la puerta. Lo importante era no derribar ningún mueble u objeto.

Cuando así el pomo de la puerta para girarlo, el tipo que tenía una noche ululante volvió a soltar su grito infrahumano. Bendije al inventor de las pastillas para dormir y maldije al enfermero que no se las proporcionaba a aquel atormentado enfermo.

Para contratiempo mío, la puerta estaba cerrada con llave y por su parte exterior, lo que me hizo suponer que el individuo calvo de los dos metros y quién sabía qué peso, no era de lo más pacífico o quizá solo fuera sonámbulo y le cerraban la puerta para impedir que saliera por las noches a vagar por los corredores del siniestro sanatorio.

Fuese por el motivo que fuera, pensé que no merecía la pena quedarse a averiguarlo. Con una ganzúa, comencé a hurgar en la cerradura.

Suspiré de alivio al conseguir abrirla, congratulándome de que la puerta no tuviera cerrojo por su parte exterior.

Abandoné la alcoba y no me descuidé de cerrarla. No deseaba encontrarme a aquel tipo por algún pasillo.

Mi destino era ahora descender a recepción y buscar el despacho del doctor Walker. No era mi intención darme una vuelta por los siniestros sótanos que debía de tener aquel caserón, de los cuales parecían brotar los alaridos de aquel tipo atormentado, de mente enferma, pues no creía que le estuvieran contando chistes de Bob Hope.

A tientas, hallé la escalera descendente que viera en mi primera visita, de modo que estaba llegando al *hall*.

Podía haber encendido la linterna que llevaba conmigo, pero lo consideré improcedente. A cierta distancia podían descubrirme y prefería reservarla para cuando resultara imprescindible.

Llegué al saloncito anexo al otro en el que me atendiera la morena y agresiva Loren. Comenzó mi búsqueda. El despacho del director no podía estar lejos.

Allí, aparte de dos grandes ventanas enrejadas por su lado externo, se abrían tres puertas. Una de ellas, por la situación en que me hallaba, correspondía a la salita que ya conocía. Las otras dos ignoraba adónde conducían.

La primera puerta no tenía letrero alguno. Al tratar de abrirla comprobé que estaba cerrada por su parte interior.

«Maldita sea. En este caserón deben de tener más llaves que en el Empire State Building».

Antes de hurgar en aquella cerradura, opté por averiguar qué podía haber en la otra. En mi mano ya estaba la linterna al captar por el tacto que aquella puerta sí tenía rótulo.

«Director, esto va bien», me dije.

El sujeto de los alaridos tampoco repitió su «aria», coreado por los mastines de aquel acogedor lugar.

La puerta, como era lógico, también estaba cerrada, allí no se descuidaban nada. Eran metódicos como correspondía a un sanatorio psiquiátrico, pero a mí ya me cargaba tanta cerradura. Después de todo, tenía carnet profesional de investigador privado y no de cerrajero.

Aquella cerradura ofreció mayor resistencia. Debía de ser de más calidad o era que yo ya estaba hartado.

Al fin, penetré en el despacho y cerré a mi espalda para no ser sorprendido.

Evitando en todo momento que la posición de la luz de la linterna me delatara, a través de la ventana, comencé a husmear en aquel barroco y lujoso despacho.

No podía decirse que a Hans Walker le gustara vivir mal. Todo el suelo estaba muñidamente alfombrado y pese al caluroso estío que estábamos soportando, allí no molestaba el calor. Pronto descubrí la abertura enrejada por la que arribaba el aire acondicionado.

El despacho tendría cincuenta metros cuadrados de superficie, con grandes estanterías repletas de libros protegidos del polvo con puertas encristaladas. Colgados en las paredes, cuadros alegóricos a la Medicina y sobre la gran mesa despacho, tallada en caoba, destacaba un lujoso metrónomo.

No creía que el doctor Walker lo utilizase para marcar compás de baile, sino para la práctica del hipnotismo con sus enfermos.

En la punta de la aguja señaladora del metrónomo había una especie de rubí sintético tallado al estilo de los brillantes.

Por curiosidad, pulsé el botón de funcionamiento y la piedra se encendió con una viva luz roja al tiempo que iniciaba su monótona y constante oscilación a un ritmo normal de corazón humano.

Desconecté el aparato y proseguí mi investigación.

Supuse que si había algo interesante, el doctor Walker no lo dejaría sobre la mesa, al alcance del primer curioso.

Por fin descubrí lo que me interesaba y dirigí la linterna hacia mi objetivo.

El archivo.

CAPÍTULO VIII

Estuve revisando el archivo y comprobé que no había habido mucho movimiento de entrada y salida de internos en el sanatorio que funcionaba como tal solo desde hacía tres años.

Rebusqué entre las fichas y no hallé el nombre de Lobello, cosa que me decepcionó.

«¿Estaré buscando en vano, sigo una pista falsa, mis sospechas son infundadas?».

Me hacía todas aquellas preguntas con resignación, mientras buscaba entre las dos docenas de fichas que correspondían a los actuales internos. Extrañado, comprobé un detalle que no se me pasó por alto.

«Schroeder, el enfermo que se les había escapado, no tiene ficha. Es raro, muy raro. El doctor Walker se preocupó mucho al serle notificada la fuga de ese individuo, pero ¿quién es Schroeder?».

Todo aquello me inquietaba, aunque en apariencia no tuviera conexión con el caso que estaba investigando.

Yo solo trataba de comprobar que Lobello había estado internado en aquella clínica, y si Simón Brando les había dado un talón por doscientos mil dólares es que existía un vínculo más o menos indirecto entre el asesino y el magnate de la industria bélica. La conexión, por leve que fuera, habría de gustarle mucho al fiscal general.

Me hice la reflexión de que si Schroeder carecía de ficha y era un elemento peligroso, podía ser que Lobello tampoco la hubiera tenido, lo que haría más difíciles mis pesquisas.

Ante el fichero abierto, absorto en mis pensamientos, oí unos ruidos. Alguien estaba ya en el despacho del doctor Walker. ¿Por dónde habría entrado?

Vi una luz que oscilaba tras una espesa cortina que en apariencia solo ocultaba una pared.

Tuve el tiempo justo de agacharme tras la gran mesa despacho, pero no de cerrar el archivo. Su ruido me hubiera delatado ante aquel intruso.

Expectante, aguardé hasta que el sujeto salió de detrás de la cortina. En su mano portaba una potente linterna que enfocó en derredor para comprobar que todo estaba en orden.

En uno de sus movimientos pude identificarle como al siniestro vigilante Parker, al que yo creía en su caseta por hallarse la luz de esta encendida. Por poco no me di de narices con él. Aquel tipo me caía francamente mal, no podía remediarlo.

Mis músculos estaban tensos, dispuesto a saltar sobre el vigilante si

descubría el archivo abierto. Por suerte para ambos, no lo vio. Llevaba un grueso manojo de llaves con una de las cuales abrió la puerta del despacho. Luego, lo abandonó dando por terminada su inspección. Cerró desde el exterior.

Suspiré de alivio. No me convenía un tropiezo con Parker. Podía dar la alarma y me hubiera visto obligado a cascarle la cabeza sin miramientos.

Cerré el archivo. En aquellos momentos, lo que más me interesaba era la cortina por la cual apareciera el vigilante. ¿Qué habría tras ella?

Cuando la levanté pude comprobar con la linterna que solo había pared. Como había visto salir a Parker por allí y no creía que fuera un espectro, escruté con atención, descubriendo las fisuras que delataban que parte de la pared constituía una puerta, una puerta que terminó por abrirse mediante la presión de mis manos en los lugares adecuados.

«Una puerta secreta. No podía esperarse menos en un caserón como este».

Ante mí había una escalera descendente, lóbrega y oscura.

«¿Irás a parar al mismísimo infierno?».

La escalera bajaba hasta una profundidad muy considerable. Comprendí que si el caserón tenía sótano, aquella escalera conducía a un doble sótano. Si la policía investigaba en el sanatorio, inspeccionando el sótano, solo hallaría trastos viejos, toneles o lo que fuera. No sería fácil descubrir la existencia del doble sótano, cuya puerta estaba muy bien disimulada en el despacho del director.

Esperaba encontrarme con un tropel de ratas, pero me equivoqué. Lo que hallé fue un cajón con polvos raticidas, lo que me hizo deducir que el doctor Walker deseaba conservar aquel lugar limpio de roedores para trabajar con seguridad. Pero ¿qué clase de trabajo realizaría allí, a más de diez metros de profundidad bajo el nivel normal del suelo?

Con la humedad de las paredes no había podido el doctor Walker.

Empujé la puerta que había al final de la escalera y mis ojos se inundaron de luz. Ante mí había un corredor bien iluminado, por lo que apagué mi pequeña linterna que en aquel lugar alumbraba menos que una luciérnaga al pie de una farola con luz de vapor mercurial.

A ambos lados de aquel corredor que doblaba como a unos veinte pasos delante de mí hacia la derecha, se abrían diversas puertas. Me dispuse a averiguar cuanto pudiera de aquel doble sótano secreto, al parecer en pleno funcionamiento.

Corría el riesgo de tropezarme con alguien, lo sabía, y la peluca me daba calor.

Arriesgándome, abrí la primera de las puertas. Me hallé en un laboratorio al parecer equipado para practicar la terapia electrónica sobre cerebros enfermos.

En él había una camilla con gruesas correas y una silla que me hizo

recordar la fatídica silla eléctrica.

Clavé mi mirada en un archivo metálico y me acerqué a él. Estaba cerrado con llave, pero me entretuve en abrirlo.

Rebusqué entre las fichas y ante mí apareció la de Schroeder. De lo escrito debajo no entendí absolutamente nada. Eran datos técnicos, extraídos de los aparatos electrónicos que me rodeaban.

No importaba que no entendiera nada de lo que allí ponía, yo no era un psicoterapeuta, pero sí estaba satisfecho. La ficha de Schroeder se hallaba entre mis manos, lo que me indicaba que el doctor Walker llevaba una doble vida. Tenía enfermos normales y otros que ocultaba. ¿Por qué? Todavía lo ignoraba.

Ávidamente, rebusqué entre las fichas. Sonreí al hallar la de Lobello.

«Aquí está la prueba. Lobello ha pasado por este antro, voluntaria o involuntariamente».

Por supuesto, tampoco entendía aquellos datos técnicos, la mayoría expresados en cifras.

Tuve deseos de coger la ficha, pero pensé que si la llevaba conmigo era destruir la prueba. El doctor Walker siempre podría negar después que procediera de su archivo ante cualquier corte que tratara de juzgarlo.

Limpié la ficha en los lugares donde mis dedos la hubieran tocado con el pañuelo de la chaqueta y cerré el archivo. Ya iba más sobre seguro.

El doctor Walker encubría actividades que adivinaba eran horrorosas y execrables.

Abandoné aquella especie de laboratorio electrónico donde una mente sana podía perturbarse con bombardeo de electrones y pasé a otra estancia.

Constituía una sala de proyección y en ella también había otra butaca, provista de correas hasta en el lugar donde debía de descansar la cabeza, por lo que deduje que el pobre al que sentaran en aquella silla debería de visionar el filme que pasaran, le gustase o no.

Por curiosidad, apagué la luz y puse en marcha la cámara cinematográfica de dieciséis milímetros, cargada con un carrete gigante.

La pantalla se iluminó a todo color. Lo que primero apareció fue el metrónomo con su torturante tic-tac y su luz roja oscilando de un lado a otro.

Múltiples luces atravesaban la pantalla, dañando mi vista. Comprendí que si alguien era sujetado en aquella silla y se le mantenían los párpados abiertos mediante tiras de tela adhesiva, tenía que visionar obligatoriamente todas aquellas luces que de pronto se convirtieron en rostros de seres horribles y desfigurados, máscaras repugnantes, mientras una voz de la banda sonora ordenaba:

«¡Mata, mátale, es tu enemigo; mátale, es tu enemigo; dispara, jala el gatillo, mátale!».

Aquellos rostros podían corresponder a cualquier hombre, pues en la pantalla se distorsionaban, haciéndose más delgados o gruesos, quizá para que correspondieran a muchas personas a un tiempo.

Sorprendentemente, me percaté de que el dedo índice de mi mano derecha se contraía como si estuviera jalando un gatillo de pistola.

«Por todos los diablos. Si sigo mirando eso terminaré hipnotizado».

Detuve la máquina de reproducción fílmica y encendí la luz. Suspiré de alivio y enjuagué mi frente perlada de sudor.

—Ese doctor Walker es un monstruo maquiavélico —gruñí.

Retrocedí la cinta en el carrete superior para que no se notara que había sido tocada y abandoné aquella pequeña sala de tortura psíquica.

Al salir al pasillo quedé sorprendido por una voz que se introdujo en mis tímpanos, lacerándolos. De forma monótona e insistente repetía:

«Tienes que matarlo, mátaló. Él es tu enemigo, lo odias. Tienes que matarlo. Jala el gatillo en bien de la humanidad».

Comprendí de inmediato que aquello estaba destinado a inculcarlo en un cerebro humano; pero ¿quién sería la víctima? No me refería al atormentado psicópata, sino al futuro asesinado.

En otra de las puertas descubrí el control megafónico. Allí habían magnetófonos y micrófonos. De una de las grabadoras, salía la repugnante orden de matar. Funcionaba de modo automático, pues unos cables estaban conectados a un reloj de esfera muy grande.

Había otro magnetófono en funcionamiento con cinta gigante. De él brotaba una conexión con auricular que me llevé al oído. No pude oír nada; sin embargo el magnetófono estaba en marcha. Un tanto ceñudo, supuse que podía tratarse de una grabación ultrasónica, una grabación que un perro escucharía con facilidad al igual que muchos otros animales.

El hombre, conscientemente, no captaba la ultrasonía, pero se había comprobado que su subconsciente sí, según los últimos estudios parapsicológicos de los cuales suponía bien enterado al profesor Hans Walker.

Dentro de un silencio aparente, el cerebro del torturador recibía un bombardeo de órdenes que desconocía totalmente. Al parecer, el doctor Walker no dejaba ningún cabo suelto para imponer su voluntad a sus enfermos o mejor los llamaría sus prisioneros.

En aquellos instantes aún ignoraba si todo aquello formaba parte de un banco de pruebas científico con material humano, cien por cien condenable, si existía la conformidad y voluntariedad del ser que sufría el experimento y siempre con garantías de no salir perjudicado, o bien se trataba de algo más serio y grave, algo que estaba sospechando, pero que me negaba a creer.

Pensé en desconectar todas aquellas cintas, pero me dije que si lo hacía delataría mi presencia y muerto no serviría de gran ayuda al tal Schroeder,

si es que no lo habían matado ya en la caza a que lo sometieron tras su intento de evasión.

Al doblar el recodo del pasillo descubrí más puertas.

Estas eran distintas, de plancha de acero con una mirilla superior y una gatera en su parte inferior para pasar la comida si se hacía precisa una incomunicación total con el recluso.

Cada puerta tenía una ficha médica colgada en la pared, junto a la jamba. Curioso, me acerqué a leer la primera de ellas.

«Peter Curtis», leí.

El resto estaba escrito en alemán. El doctor Hans Walker era alemán, no cabía duda. Un alemán afincado en Estados Unidos y que, al parecer, no abandonaba su idioma natal en su labor científica.

Observé a través de la mirilla. Un grueso cerrojo por el lado exterior impedía que el internado pudiera escapar.

Un hombre joven, casi un adolescente, se hallaba tendido en una especie de catre acolchado.

Era rubio, delgado, y tenía los ojos muy abiertos, como idiotizado. Allí dentro había una luz intensísima que hacía que la luz del pasillo resultara agradable comparada con la del interior de la celda.

El tal Peter Curtis, un desconocido para mí, y supuse que para todo el mundo, apartó sus ojos del techo y miró hacia la puerta.

Sus pupilas se encontraron con las mías. Me sonrió primero y luego se echó a reír en forma progresiva y demente. Sus carcajadas traspasaron las paredes de la celda y no me agradó contemplar aquel espectáculo. Pensé que aquel joven precisaba de una verdadera ayuda psiquiátrica.

Cerré la mirilla y pasé por delante de las restantes celdas que encerraban a otros tantos muchachos, desconocidos para mí.

Un nombre sonaba a árabe, otro a ruso, un tercero a chino.

En cada aposento, un joven árabe, chino, negro. Allí estaban todas las razas reunidas, pero aislado cada uno de ellos. Eran casi adolescentes, en edad militar, delgados todos ellos, poca cosa anatómicamente. Jóvenes oscuros, de miradas idiotizadas.

Aquellos muchachos reunidos en aquel doble sótano escalofriante, debían de haber sido seleccionados meticulosamente por el doctor Hans Walker y sometidos al mismo plan intensivo, no de psicoterapia precisamente, sino de tortura mental según mi opinión.

Descubrí hasta diez celdas. Dos de ellas estaban vacías.

Dediqué mi atención al compartimiento de Schroeder, quizá porque había oído su intento de fuga. Posiblemente no estaba tan idiotizado o adelantado en aquel extraño tratamiento de lavado de cerebro como los demás.

Schroeder resultó un tipo delgado como los otros, algo más alto y de abundantes melenas rubias. Vestía el pijama gris de los internados, pero

con una camisa floreada, unas sandalias y un poco de mugre hubiera resultado el *hipie* perfecto.

Descorrí el cerrojo y franquéé la puerta metálica. La intensísima luz que brotaba del techo me molestó.

Schroeder se volvió hacia mí. Sus ojos, aunque enrojecidos, tenían una mirada normal.

—Hola, Schroeder, soy tu amigo, quiero ayudarte.

No me contestó.

Ignoraba si podría reducirlo en el caso de sufrir una reacción psicopática. Pese a mi evidente superioridad física sabía que los dementes, en sus momentos de violencia extrema, recibían una fuerte descarga de adrenalina en sus centros nerviosos que les convertía en seres casi irreducibles, aunque luego, pasado el ataque, se desmoronasen incapaces de sostenerse a sí mismos.

—Schroeder, yo no trabajo para el doctor Walker. Solo quiero ayudarte a escapar de aquí.

Schroeder se levantó.

Me di cuenta de que dudaba pensando si se trataba de una más de sus pesadillas o de una realidad.

Si los sometían a aquellos métodos electrónicos no me cabía duda de que el doctor Walker emplearía también, y muy científicamente, el método de las drogas para doblegar la voluntad de aquellos jóvenes allí secuestrados.

—¿No me hará daño? —me preguntó Schroeder por primera vez.

—No temas y ven conmigo. Quiero sacarte de aquí. Todavía no sé cómo lograremos escapar, pero si he conseguido entrar, seguro que podremos salir si tú me ayudas, claro.

—No le conozco —rebatí él.

—¿Y eso qué importa? Yo también acabo de conocerte a ti.

—¿Quién es? —me preguntó dubitativo, demostrándome su inseguridad cerebral. Tartamudeaba, sus, palabras sonaban balbucientes.

—Me llamo Dan y soy tu amigo.

—¿A quién tengo que matar? —me preguntó ceñudo, mostrándome sus dientes como si fuera un pequeño lobo dispuesto a tomar parte en su primera cacería.

—No tienes que matar a nadie. Salgamos sin hacer ruido. Si nos descubren estamos perdidos. A ti te volverán a encerrar ahí y como quedan dos celdas vacías, otra va a ser para mí.

Schroeder me siguió sin oponer resistencia, con cierto automatismo. Si aquel era el que estaba mejor, ¿cómo estarían los otros?

De pronto, al llegar al recodo del pasillo, tuvimos un encuentro desagradable.

—¡Schroeder! ¿Qué haces aquí? Y usted, ¿quién es?

Loren Walker no me había reconocido a causa de la peluca que llevaba y el grueso bigote que me ocultaba la boca.

—Loren, si gritas tendré que hacerte daño y lo sentiría. No me gusta noquear a las mujeres.

La fémina vaciló, no tenía arma alguna. Vestía su ligera y corta bata blanca, y más que yo mismo, creo que lo que la detuvo fue el brillo ahora muy especial que apareció en los ojos de Schroeder.

Al joven rubio no le simpatizaba la mujer, era evidente, no porque no fuera hermosa y deseable, sino porque quizá la recordaba en sus torturas.

—No sé quién es usted ni cómo ha llegado hasta aquí, pero tenga cuidado. Schroeder es muy peligroso.

—Si es peligroso será porque vosotros lo habéis vuelto así.

—¿Quién es usted? —insistió—. ¡Dígalo de una vez!

Antes de que pudiera responder, Schroeder avanzó extendiendo sus manos hacia Loren en actitud agresiva.

CAPÍTULO IX

Loren Walker palideció asustada, retrocediendo un paso.

—No grites, Loren, no grites. Ya sabes que los gritos los excitan más y, después de todo, estando aquí abajo, nadie va a oírte. Parker ya se ha marchado.

—Pero ¿quién es usted, cómo ha entrado?

—¿No recuerdas el mordisco que me diste en la boca?

Loren vaciló, su hermosa anatomía basculó de derecha a izquierda ante tanta sorpresa e incredulidad.

—¿El detective?

—Sí.

—No puedo creerlo.

—La peluca y el bigote me dan otro aspecto, eso es todo. Ahora, creo que ha sido una suerte tropezarnos contigo. Nos ayudarás a llegar al exterior.

—Imposible —replicó resuelta.

—¡Schroeder!

El joven volvió su rostro macilento hacia mí. Sus dientes destacaron entre sus labios, parecía una bestezuela.

—Te han preparado para matar, ¿no es cierto?

—Sí.

—Ya lo sabes, Loren, y mejor que yo. Schroeder está programado para matar, puedes estar satisfecha de tu labor. Ahora, si no nos ayudas a salir de aquí sin prisas y sin dar la alarma, Schroeder tendrá el placer de cumplir las órdenes que le han inculcado.

—Cuidado, Dan, si se dispara no podrás detenerlo —advirtió con temor en sus pupilas oscuras.

Schroeder caminó hacia la mujer sin prisas, con los ojos encendidos. Esta lanzó un chillido.

—¡Quieto, Schroeder! Soy tu amigo, no hagas nada, debemos escapar y ella nos ayudará.

Schroeder, sorprendentemente para la mujer, se detuvo cuando esta ya tenía la espalda pegada a la pared, acorralada.

Schroeder bajó sus manos y rio de forma estúpida. Sentí lástima por él. Loren podía ser hermosa, pero lo que había hecho con aquellos jóvenes al colaborar con su tío era repugnante.

—Bien, Loren, ya ves que me obedece. Hazlo tú también o no volveré a decirle nada a Schroeder. Por lo visto, siente cierta animosidad contra ti. Si te acariciara el cuello, lo haría de tal forma que tendrían que llevarte a la

Morgue.

—Está bien, os conduciré a la salida, pero no sé lo que pretendes con la fuga de Schroeder.

—Eso es asunto mío. Ahora, camina y no cometas torpezas. Nuestro amigo podría enfadarse y yo voy a vigilarte atentamente.

Loren anduvo por el corredor en dirección a la puerta que yo conocía.

—Camina por el centro, encanto. No quisiera que se te ocurriera tocar ninguna señal de alarma. Sería complicar las cosas.

Schroeder caminaba a mi lado, bastante dócil, pero me hubiera gustado conocer los pensamientos que bullían en su mente ya desequilibrada.

Estaba seguro de que presentando a aquel joven ante la policía, lograría convencerles para que el juez firmara una orden de registro contra el sanatorio psiquiátrico. Hans Walker tendría problemas para explicar lo que hacía con aquellos jóvenes internados en el doble sótano, jóvenes que posiblemente nadie sabía se encontraban allí.

Sería sensacional descubrir que todos ellos figuraban en las listas de desaparecidos.

—De modo que el doctor Walker ha montado una fábrica de asesinos —dije ya más seguro de mis sospechas.

—Si no lo estropeas todo, si regresas a Schroeder a su celda, mi tío te pagará el dinero que quieras. No tendrás problemas durante muchos años.

Aquel intento de soborno me molestó.

—Un negocio perfecto, fascinante. ¿Verdad, Loren? Preparar a uno de estos muchachos puede costar, por lo que he visto, cinco o diez mil dólares.

—Más —corrigió ella.

—Da lo mismo, veinte mil dólares, pero luego se venden por doscientos mil, netos de impuestos.

—¿Cómo lo has averiguado? —inquirió sorprendida, volviéndose hacia mí.

—No soy imbécil del todo. Un joven de estos es sacado del sanatorio, incluso con los ojos vendados para que no sepa de dónde sale, aunque probablemente no sabe ni dónde está. Es conducido al lugar preciso, se le pone una pistola en la mano y se le dice que vacíe todo el cargador sobre la víctima, que previamente se le ha mostrado mediante fotografías o filmaciones.

—No hables más, Schroeder está escuchando.

—Así se enterará para qué lo estaban programando aquí abajo con el lavado de cerebro. Luego, una vez el muchacho ha cometido el crimen, posiblemente un magnicidio, no hay problemas para nadie. Lo más lógico es que el joven psicópata sea linchado en el mismo lugar donde perpetró el crimen como le sucedió a Lobello tras asesinar al pacifista Petford.

—Lobello todavía vive —corrigió Loren al llegar al pie de la escalera

tras rebasar la puerta.

—Sí, pero no es capaz ni de dar a entender que está psíquicamente programado para matar. No recuerda absolutamente nada. Si se salva, los médicos diagnosticarán un alto grado de psicopatía, incapacidad para discernir el bien del mal. Será internado a perpetuidad en cualquier centro psiquiátrico del Estado. Será un caso auténticamente difícil para los psiquiatras que aman de veras su profesión y no se sirven de ella canallesca y criminalmente, para lucro personal, como hace el doctor Walker. Una vez cometido el magnicidio prefijado, el centro sanatorial recibe un cheque por valor de doscientos mil dólares como ayuda benéfica y nadie ve la conexión que puede existir entre el psicópata homicida y quién paga el crimen. Sus manos jamás aparecen manchadas.

—¿Cuándo has descubierto todo esto? —preguntó Loren muy sorprendida.

—He ido atando cabos. El último asesinato fue el de Petford a manos de un joven llamado Lobello que salió de este doble sótano, he visto su ficha. Simón Brando, el gran magnate de la industria bélica contra el cual luchaba el pacifista Petford, ha pagado ya los doscientos mil dólares. Lo he comprobado. En realidad, él es el verdadero asesino, él es quien subvenciona el crimen. Sin su dinero y el de otros como él, no sería factible que su tío realizara esta criminal labor con jóvenes posiblemente secuestrados aquí y allá, de las más diversas tendencias y razas para servir mejor al consumidor. Si es un líder blanco, se envía a un psicópata negro. Si es negro, se manda a un blanco o a un oriental, según convenga. La opinión pública mundial llega a creer que se trata de jóvenes radicales, pero no es así. Hay mucha basura tras ellos, que son los menos culpables. Un repugnante médico que es vergüenza de la medicina los programa y un millonario o un grupo económicamente fuerte paga el trabajo. Así nadie sale perdiendo salvo la víctima y el propio joven que si no es linchado termina en un sanatorio especial para dementes peligrosos. Si Simón Brando no se hubiera ofrecido a pagar la muerte de Petford, este no habría muerto ni Lobello hubiera sido preparado para asesinarlo.

—Por favor, Dan, aguarda, sé sensato. Puedes sernos muy útil. Has demostrado ser muy inteligente averiguándolo todo cuando nadie sospecha nada. No te faltará el dinero.

—No me interesa el dinero sucio, encanto, suele producir malas digestiones y supongo que tu tío va a darse cuenta de ello cuando lo arresten y lo lleven a una corte para juzgarlo por múltiples cargos.

—No puedes hacer eso con él, es un sabio eminente. Hace este trabajo porque necesita dinero para sus avanzadísimos estudios.

—No le hacía falta cometer estos crímenes para avanzar en la ciencia.

—A él sí. Todos saben que en su juventud, hace muchos años, formó parte...

—¿Del ejército nazi?

—Sí, y no se lo han dejado olvidar.

—No me sorprendería que realizara sus primeras prácticas en uno de aquellos inhumanos campos de experimentación médica, donde los prisioneros judíos eran utilizados como cobayas.

—Estás loco, Dan, loco. Si detienes a mi tío, la ciencia perderá mucho.

—A este precio, vale más que la ciencia se detenga por completo.

Ansiosa de quemar el último cartucho y ante la pasividad de Schroeder, Loren casi se pegó a mí.

—Dan, seré todo lo complaciente que quieras. Tengo que decírtelo un poco bruscamente, pero tú me comprenderás. Si te mordí, perdóname. En adelante seré tu esclava.

Se alzó sobre la punta de sus pies y me besó. Cuando lo hubo hecho, le solté un par de bofetadas que la sacudieron a derecha e izquierda.

—Ya te he dicho que me disgusta pegar a las mujeres, pero tú sobrepasas el colmo de mi asco. No sé cómo puedes sentir tanta admiración por ese doctor Walker, si es que puede llamársele doctor. Supongo que si se conocieran algunos datos de su vida en la pasada guerra mundial, no podría ostentar el título de médico en América ni en parte alguna —Schroeder rio levemente; parecía complacido por el castigo que acababa de recibir Loren—. Vamos, camina.

A partir de aquel instante, Loren cerró la boca. Se había dado cuenta de que yo no retrocedería y que no podría sobornarme. Su seguridad en sí misma se había desmoronado.

Loren tenía duplicados de todas las llaves y no tardamos en salir del caserón.

Esta vez sí nos descubrieron los perros, que corrieron hacia nosotros mostrando sus colmillos con fiereza. Schroeder se asustó, posiblemente ya los conocía bien de su anterior y frustrada fuga.

—Haz que se callen —ordené a Loren.

Schroeder, temeroso, se acercó a la mujer. Esta, asustándose ante su proximidad, pues estaba mejor enterada que yo de lo peligroso que podía resultar, ya que había participado en su preparación, se apresuró a silbar de una forma muy especial. Los mastines enmudecieron, escondieron sus colas y correataron mansos a nuestro alrededor.

—No podremos salir del muro —advirtió Loren.

—Ya sé que el muro está electrificado, pero tú nos abrirás la puerta.

—No puedo.

—¿Acaso quieres que Schroeder te haga algunas caricias? —le pregunté deseando infundirle miedo, ya que me había dado cuenta de que temía al joven.

—No tengo la llave.

—¿La tiene Parker?

—Sí, en su caseta, y si os ve os matará. Tiene órdenes terminantes.

—Entonces tendremos que apoderarnos de esa llave.

Supuse que Loren estaría pensando en cuál sería el momento idóneo para escapar, pues se había percatado de que mi intención era sacarla del sanatorio para llevarla ante la policía.

Si entregaba a Loren y a Schroeder, todo sería más fácil, especialmente si me dirigía al teniente Anderson, amigo mío desde hacía muchos años.

Si se ponía en marcha toda la fuerza policial, que era lo que me interesaba, ocuparían el sanatorio rápidamente.

Me dije que tenía que jugarme el tipo entrando en la caseta de Parker de alguna forma. Helen estaría impaciente esperándome en el coche oculto entre la maleza. Así, si alguien pasaba por el camino, no la descubriría.

Nos pegamos casi a la puerta de la caseta y ordené a Loren:

—Llama a Parker con naturalidad. Si cometes una torpeza, no respondo de lo que haga Schroeder y no creo que Parker llegue a tiempo de salvarte, porque yo lucharé contra él.

En aquellos momentos, yo particularmente no consideraba tan peligroso al joven Schroeder, pero me servía excelentemente como arma para intimidar a Loren, que no se recataba en demostrar un pánico exacerbado hacia el joven que ella misma ayudara a programar, supuse que siempre con las mayores seguridades, drogado, sujeto por correas o escoltado por varios experimentados enfermeros que le impondrían la camisa de fuerza. Solo así se sentiría Loren tranquila. En cambio, ahora, Schroeder caminaba suelto junto a mí. Se sometía a mis órdenes y por ello yo no lo consideraba tan peligroso.

La verdad era que yo desconocía las reacciones de los psicópatas de aquel tipo. Quizá, de conocerlas, hubiera desconfiado más de él.

—¡Parker! —llamó Loren—. ¡Parker!

Me situé junto a la jamba de la puerta y cuando, extrañado, apareció el vigilante del sanatorio, solo pudo ver a Loren y a Schroeder cerca de ella.

Le descargué un preciso golpe de karate en la nuca que le hizo perder el sentido, derrumbándose sin exhalar un solo quejido.

Le quité el revólver y luego, cogiéndolo por las axilas, me dediqué a regresarlo al interior de la caseta.

Pensé en pedirle a Schroeder que me ayudara, pero creí mejor ordenarle:

—Vigila a la chica, que no se mueva.

Loren miró con ostensible pánico a Schroeder, que le sonreía en forma maligna y permaneció quieta.

Deposité el cuerpo de Parker sobre el camastro. Descubrí entonces un fusil de dardos hipodérmicos y lo tomé entre mis manos.

—Esto puede ayudar a que no despierte en horas y no provoque la alarma. Después de todo, él lo habrá empleado en repetidas ocasiones

contra los internados algo rebeldes.

Monté el fusil. Apunté a las nalgas de Parker que se hallaba tendido en el camastro y jalé el gatillo.

Se escuchó una especie de taponazo y el dardo se clavó en las posaderas del guardián. Imaginé que de hallarse despierto no le habría hecho gracia alguna.

Me olvidé de Parker y busqué la llave de la puerta. Escogí una más gruesa que destacaba sobre las otras.

—Vamos, hay que salir de aquí ahora mismo.

Loren y Schroeder me siguieron hasta la puerta. Introduje la llave en la cerradura. Mi objetivo era traer a la policía antes de que cundiera la alarma en el White Sky Center y contaba con una baza importante.

Si el doctor Walker o cualquier otro daba la alarma ante aquellos hechos extraños como eran la desaparición de Loren y Schroeder y el forzado sueño de Parker, creerían que el peligro consistía en la fuga de Schroeder.

No es que yo tratase de descargar las culpas sobre el joven psicópata, pero era preferible que le achacaran a él lo ocurrido porque la única medida que tomarían entonces sería la de darle caza. En cambio, si recelaban que alguien del exterior había penetrado en el sanatorio descubriendo el doble sótano, levantarían el campo para huir ante la inminente llegada de la policía. En aquel caso, sería mucho más difícil capturarlos para que respondieran ante la justicia de sus crímenes, mientras que si solo se dedicaban a perseguir a Schroeder podían ser cazadores cazados.

La llave volteó sin dificultad en la cerradura y no tardamos en vernos en el exterior. Cerré la puerta nuevamente con llave para que nada se notara, cuando recibí un fuerte golpe en la cabeza.

Mi cráneo pareció resquebrajarse. La noche se tornó más oscura para mí y al derrumbarme no noté ni mi caída contra el suelo.

Me habían atacado totalmente a traición. No había esperado aquel fuerte golpe que por su contundencia pudo enviarme al infierno con portes pagados.

CAPÍTULO X

Cuando desperté, noté un sabor dulzón en la boca que no fue de mi agrado. El cráneo me dolía fuertemente. De forma instintiva me llevé la mano a la parte afectada antes de abrir los ojos. Comprobé que estaba húmeda.

A mis oídos llegaron los gorjeos de multitud de pájaros.

Abrí los ojos y comprobé que estaba amaneciendo. Me miré la mano y la vi manchada de sangre. También noté sangre reseca en mi mejilla.

Si no me habían partido el cráneo, por lo menos me habían dañado el cuero cabelludo. No muy lejos de mi estaba la piedra manchada de sangre, pero apenas me fijé en ella. Lo que acababa de descubrir casi me erizó los cabellos; fue la sensación más desagradable de mi vida.

Olvidándome de mi propio dolor, me acerqué a Loren.

No hacía falta ser médico para darse cuenta de que estaba muerta, con los ojos excesivamente abiertos, como queriendo saltar de sus cuencas.

Una fiera acorralada no la hubiera dejado peor.

Sádicamente, en un ataque virulento de demencia, había sido destrozada más que torturada.

Aquello había sido un cuerpo joven, hermoso, pero ahora solo eran restos ensangrentados.

Descubrí unas manchas oscuras en su cuello e imaginé que Schroeder la había estrangulado impidiendo que gritara. El resto del desahogo de aquella mente enferma no lo había debido de sentir la infeliz que había pagado muy cara su participación en el horror de convertir a jóvenes ya algo desequilibrados en asesinos potenciales. Su propia obra la había aniquilado.

Compasivamente, le cerré los ojos. Nada podía hacer por ella y no era cosa de entrar en el sanatorio pidiendo ayuda; me matarían.

Sentí lástima por aquella infeliz mujer que había creído en la ciencia de un demente como era su tío Hans Walker.

De pronto, recordé el revólver que le había quitado al vigilante Parker que aún debía de estar dormido a causa del disparo narcotizante.

—Maldita sea, ese loco se ha llevado el revólver.

Schroeder, una máquina de matar al que yo había subestimado no considerándolo en su peligrosidad real, se había apoderado de la pistola. Me acordé de Helen, que debía de aguardarme dentro del automóvil.

Me saqué de la cabeza la peluca y la arrojé al suelo furioso, seguida del bigote.

La verdad es que de no ser por la peluca, quizá ahora tendría el cráneo

roto. Aunque poco, algo había frenado el golpe propinado con la piedra. Sin embargo, presumí que Schroeder no había pretendido asesinarme como hiciera con Loren, sobre la que había descargado todo su odio.

Tambaleante, eché a caminar cuando vi una sombra que venía en dirección contraria. Carecía de armas con que defenderme...

—¡Dan, Dan!

Suspiré de alivio.

Por lo menos, el psicópata no había destrozado también a Helen.

—¡Helen! ¿Estás bien?

—¡Dan, tienes sangre, mucha sangre en la cara!

—Sí, creo que necesito un lavado y también un parche.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Muchas cosas en poco tiempo. Te aseguro que entrar en ese sanatorio es más desagradable que meterse en la peor de las «casas encantadas», con bromas pesadas incluidas.

—Dan, ¿qué es aquello que hay en tierra, junto al muro?

La obligué a volverse cogiéndola por los hombros. No debía de ver aquel espectáculo.

—Vamos, tenemos que avisar al teniente Anderson enseguida. La policía debe hacerse cargo de cuanto aquí ocurre, que es lo más horrible que he visto en mi vida.

—Pero, Dan, lo que hay en el suelo...

Pensé que si no se lo decía, Helen no me dejaría tranquilo.

—Es una mujer muerta.

—¿Quién la ha matado?

—¿Tú no has visto a nadie?

—Sí, a un joven corriendo por el camino. Iba riendo y me pareció muy extraño.

—Pues ha sido una suerte que él no te descubriera a ti.

—¿Es el asesino?

—Sí. Me ha golpeado primero a mí y luego ha asesinado a la enfermera.

—¿Un loco del sanatorio?

—Sí, pero de los que no están en el fichero general. Después de todo, él es el menos culpable de ser un loco homicida, pero ya te contaré más adelante. Hemos de avisar a la policía rápidamente, esto ya se ha puesto demasiado feo. El teniente Anderson debe de dar la orden de buscar a ese joven demente programado para matar. Es un asesino potencial. Hasta hace unos momentos yo mismo ignoraba lo peligroso que era. Siempre me ha repugnado la caza del hombre, pero en este caso está obligada o alguien más morirá.

Cuando comenzaba a clarear llegamos al coche.

Confieso que dado el estado de mi cabeza lo mejor era que condujera

Helen, pero me senté al volante.

—¿Seguro que no te sientes mal? —insistió Helen, observando más a la luz del día la herida de mi cabeza y la sangre reseca que tenía en el rostro.

Imagino que debía de ofrecer un aspecto bastante inquietante.

—En cuanto me lave un poco estaré como nuevo, descuida. Tengo la cabeza muy dura, ya me lo decía mi madre cuando me veía rebotar contra las paredes.

El «Ford» arrancó hacia atrás con fuertes gruñidos para centrarse en la polvorienta carretera. Cuando los enfermeros del sanatorio despertasen y descubrieran lo que había sucedido, se crearía la alarma.

Enfilé por el camino en dirección a la pista general hacia San Francisco, cuando vi un auto detenido junto al borde. En su interior había un hombre.

—¡Es Trotter! —exclamé.

No cabía duda, aquel rostro no se me iba a olvidar jamás.

El sicario enviado por Simón Brando para deshacerse de mi aguardaba paciente.

Aquel sujeto, profesional del crimen y la caza del hombre, al descubrir mi fuga de su maletero se habría molestado bastante, más no se dio por vencido.

Si sabía que mi objetivo era merodear el sanatorio, ¿qué mejor que esperarme en el camino que conducía a él? De este modo, tarde o temprano, terminaría encontrándome y enviándome al infierno.

Supuse que en aquella ocasión iba dispuesto a ser mucho más drástico y expeditivo.

—¿Es el asesino que te golpeó? —preguntó Helen.

—Sí, pisaré el acelerador a ver si tenemos suerte —dije con un gruñido.

Trotter también me había descubierto.

Puso su coche en marcha de inmediato y al pasar por su lado, golpeó el costado de nuestro automóvil con el morro del suyo.

—¡Dan, ha sacado una pistola!

—¡Vamos, Helen, tírate al suelo del coche, corre!

De un manotazo, hice agachar a Helen cuando el primer disparo penetraba por una ventanilla para estrellarse contra el cristal parabrisas que se astilló en parte, ya que el proyectil había perdido fuerza al destrozarse el vidrio de la ventanilla.

El camino era muy abrupto, con revueltas en lo alto de la colina, pero yo conseguí dominar el coche. Después de todo, no había sido averiado por Trotter.

Conseguí alejarme del asesino, no sin que este volviera a disparar un par de veces más contra nosotros.

Supongo que en una situación corriente no habría fallado, pero viéndose obligado a maniobrar en su auto para que no escapáramos, su

puntería quedaba mermada.

CAPÍTULO XI

Dispuesto a librarme de aquel individuo, pisé a fondo el acelerador levantando una gran polvareda que dificultó su visibilidad.

El asesino, furioso, se lanzó tras de nosotros dispuesto a rematar aquel trabajo por el que debía de percibir una cantidad prefijada, una cantidad que ignoraba y que no me interesaba conocer.

—¡Dan, nos matará! —gritó más que preguntó Helen casi a mis pies, dándose cuenta de que se había metido en un lío y de los gordos.

Me sentí obligado a sacarla de él.

Pensé que sería una lástima que después de haber encontrado una chica como aquella, cuyos labios ya había probado, la mataran sin darme tiempo a casarme con ella, claro que no se me había ocurrido preguntar a Helen si me obsequiaría con una suegra.

Miré hacia mi espejo retrovisor, pero era tal el humo y la polvareda que había levantado que no pude verlo bien.

El sicario debería de tener pocas balas en su pistola y querría aprovecharlas. No se me olvidaba que era un profesional. Trataría de colocarse a mi altura para obsequiarme con una de sus píldoras de plomo y no serviría de nada advertirle que mi estómago era delicado y no las digería bien.

Doblé con el «Ford» en un recodo muy cerrado. Estaba consciente de que aquel auto comprado a bajo precio no podía dar mucho rendimiento y que si Trotter llevaba un coche potente no tardaría en alcanzarnos.

Tenía que tomar una decisión o aquel sicario nos liquidaría a ambos, a mí como objetivo principal y a Helen como testigo del crimen.

Tomé la curva muy cerrada, con brusquedad. Una vez doblada, giré el volante colocando el «Ford» atravesado. Lo detuve y puse marcha atrás, pisando fuerte el acelerador.

Mi automóvil se salió del camino. Rodó sobre los setos y fue a parar de nuevo al camino en el sitio y momento calculado por mí.

Retrocedí con gran fuerza y velocidad, chocando el maletero de mi «Ford» contra el automóvil de Trotter, que no esperaba que irrumpiera en el sendero de aquella forma, con la marcha hacia atrás.

Golpeé con violencia el auto del asesino y este se salió de la carretera en el lugar donde la pendiente era muy pronunciada y peligrosa.

El coche de Trotter, que venía lanzado tras de mí, saltó por el aire rodando por el declive. Lo hubiera hecho yo también de no soltar el gas y apretar el pedal de freno, esperando que los frenos de aquel auto ya viejo no fallaran en el peor momento.

El «Ford» se detuvo, balanceándose al principio de la rampa, con el costado aplastado y el maletero arrugado.

Helen, muerta de miedo, se incorporó a tiempo de ver cómo el coche del asesino se precipitaba al fondo de la colina.

Unos instantes de quietud en los que Helen me observó interrogante y después, una gran explosión.

—Creo que Trotter ya no asesinará a nadie más.

—Dan, todo esto es horrible. Jamás llegué a imaginar que podría presenciar tanto horror.

—El mundo del hampa no es miel sobre hojuelas, cariño.

Pisé el acelerador para colocar nuevamente el automóvil en posición y comprobar que nada se había averiado, aparte de plancha y pintura que poco me importaba a mí. Cuando terminara aquel caso, no me iban a comprar aquel coche ni a precio de chatarra. Terminaría precipitado por cualquier acantilado para que sirviera de morada a los peces.

—Será mejor que vayas tú sola a buscar al teniente Anderson.

—Pero, Dan, tú necesitas ser atendido, no vas a quedarte aquí.

—No te fijas en la sangre de mi rostro, es solo apariencia.

Pensé que el cráneo me dolía bastante, pero no era ocasión de mostrarse quejicoso.

—Dile al teniente Anderson que vas de mi parte. Cuéntale lo que sucede aquí y dile que traiga ambulancias y suficientes agentes para acordonar el sanatorio y que no escapen. El White Sky es una fábrica de homicidas de la que salió el hombre que asesinó al pacifista Petford. Dile también que uno de esos peligrosos homicidas, un psicópata llamado Schroeder, anda suelto. Es joven, alto, rubio y va armado con un «Colt» 45.

—¿Qué vas a hacer tú aquí, solo?

—Tratar de que nadie escape. Con esta explosión y el incendio del coche de Trotter, se habrá creado la alarma en el sanatorio. Abrirán la puerta y hallarán el cadáver destrozado de Loren. Si Hans Walker pone tierra de por medio, todo se habrá perdido. Vamos, cariño, si quieres ser la esposa de un detective privado deberás ayudarlo en ocasiones.

—Lo que no quiero es quedarme viuda antes de estar casada.

—No temas, sé cuidarme —le dije con cierto optimismo.

Recordé a Schroeder y pensé que había sido una auténtica suerte que aquel joven psicópata no descargara toda su locura sobre mí cuando estuve inconsciente y a su merced.

Di un beso rápido y fugaz a Helen y abandoné el coche.

Ella se colocó frente al volante y emprendió la marcha.

La vi desaparecer y luego miré hacia el fondo de la colina. Allí estaba el siniestro sanatorio, pequeño visto desde lo alto, y el fuego que consumía el coche de Trotter.

Anduve hacia la puerta del sanatorio tratando de no ser descubierto,

escondiéndome tras los matorrales que allí eran tan abundantes.

Tal como imaginara, la explosión seguida de incendio del coche de Trotter, en el que este había perecido, habían provocado la alarma.

Supuse que les costaría abrir la puerta, ya que la llave estaba puesta por el lado exterior, aunque posiblemente existiría un duplicado de la misma, pese a que la infeliz Loren hubiera dicho que, no.

Allí estaba el doctor Hans Walker con bata corta. Evidentemente, acababa de salir de la cama y debía haberse sorprendido desagradablemente a la vista de lo ocurrido.

Junto a él se hallaban dos enfermeros con sendos rifles narcotizantes, y pensé que no tenía ningún deseo de que me ensartaran uno de aquellos dardos en las posaderas, como le había ocurrido a Parker.

No pude oír su voz, pero vi cómo el doctor Walker ordenaba a uno de los enfermeros que fuera a averiguar lo ocurrido con el coche incendiado y al otro que se hiciera cargo de los restos de su sobrina.

Pensé que sería muy oportuno retener a Hans Walker para que no tratara de huir antes de la llegada de la policía, pero para ello debía de meterme en la boca del lobo, como vulgarmente se dice, y así lo hice tras aguardar a que la entrada del sanatorio quedara libre.

Uno de los enfermeros había ido en busca de una camilla para recoger el cuerpo de la desgraciada Loren. Le vi pasar por mi lado cuando, una vez más, crucé el umbral del sanatorio psiquiátrico.

Pasé por delante de la caseta del vigilante. Parker continuaba durmiendo, el narcótico del dardo debía de ser bastante efectivo.

Conseguí llegar al caserón sin que me descubrieran.

Penetré en el *hall* y luego en la salita anexa, acercándome al despacho del doctor Walker. Le oí hablar por teléfono.

—¿Dices que no se puede reconocer el coche ni al que está dentro?

Hubo una pausa y prosiguió:

—Ya averiguaremos de quién se trata. Ahora, regresa al sanatorio y ayuda a Leemans a recoger el cadáver de mi sobrina. Veremos si se ha escapado alguien, hay que revisar todas las habitaciones. La forma en que ha sido asesinada Loren, es obra de un sádico psicópata.

El doctor Walker colgó el teléfono. Como era lógico, no llamaba a la policía.

Estaría pensando en incinerar o sepultar en el jardín el cuerpo de Loren sin dar parte a la justicia. A él menos que a nadie le interesaban las investigaciones.

Pensé que aquel era el momento de verle y empujé la puerta.

CAPÍTULO XII

—Muy bien, doctor Walker, estará satisfecho de su obra, aunque mejor sería que no le llamara doctor.

—¡Newman!

Tras descubrirme y percatarse de que no iba armado, estiró de uno de los cajones de su mesa.

Le demostré que todavía estaba ágil y le propiné un puntapié en el mentón que lo envió lejos del escritorio.

Terminé de abrir el cajón y saqué de él una «P-38» que balanceé en mi mano.

—Una pistola muy eficaz, doctor Walker. Sentiría tener que vaciarle el cargador en el estómago. Yo sé bien cómo se utilizan estos juguetes.

Con la mandíbula dolorida, escapándosele un hilillo de sangre entre los dientes, Walker se puso en pie. Era un hombre fuerte.

—De modo que es usted el asesino de mi sobrina.

—Vamos, Walker, usted sabe bien que no. Conoce mejor que nadie los efectos de un ataque de demencia en un psicópata homicida.

—¿Quién ha sido?

—Schroeder.

—¿Schroeder? ¿Cómo ha podido escapar?

—Esa es una segunda historia que le contaré otro día.

—¿Otro día? —repitió con sarcástica extrañeza.

Había recobrado el dominio de sí mismo. No cabía duda de que era un hombre muy seguro de sí mismo y no resultaba fácil ponerlo nervioso.

—Sí, en la corte que lo juzgue cuando yo declare como testigo de cargo.

—No sé de qué me está hablando, Newman. Si Schroeder, uno de mis enfermos, se ha escapado y cometido un homicidio en su locura, no se me puede acusar de nada.

—Es que no le acusarán de ese homicidio, sino de otras muchas cosas.

Hans Walker rodeó la mesa y me hizo observar:

—Si se le dispara ese arma tendrá dificultades, Newman. Además, está el allanamiento de morada. Por cierto, ¿quién es el que ha muerto en su coche? ¿Schroeder que ha intentado escapar y no ha sabido ni conducir un automóvil?

Pensé que era preferible no contarle toda la verdad sobre lo ocurrido. De este modo estaría más tranquilo, menos nervioso y sin deseos de escapar hasta que se presentara la policía.

—Walker, he descubierto lo que tiene en el doble sótano.

Frunció el ceño, inquietándose.

De pronto, en uno de sus movimientos, como no dándole importancia, conectó el metrónomo.

La luz roja de la punta de la aguja se encendió y comenzó a oscilar con su monótono tic-tac. Comprendí que aquello era un disimulado intento para hipnotizarme y poderme desarmar después.

Consciente del plan del doctor Walker, podía haber roto el metrónomo maldito, pero no lo hice. Quise demostrarle que no era tan fácil hipnotizarme, quizá prurito personal y profesional.

—¿Qué es lo que sabe de mí, Newman?

—Todo.

—¿Y qué abarca ese todo?

—Que crea psicópatas homicidas para luego venderlos por doscientos mil dólares.

Con tranquilidad, manteniendo su seguridad como si se dispusiera a jugar conmigo, dándome confianza, táctica propia de un psiquiatra, dijo:

—Parece que es usted muy bueno en su profesión, señor Newman.

—Lo necesario para que no me falten los clientes que confían en mí.

Hans Walker se situó junto al metrónomo, haciendo que este, con aparente normalidad, quedara frente a mis ojos. Es decir, si yo hablaba con él y le miraba, obligadamente tenía que ver el maldito aparato con su luz roja y escuchar el monótono tic-tac.

Walker medio se sentó en la mesa, observándome en espera de mis reacciones.

¿Me estaba exponiendo demasiado ante aquel hombre cuyo propósito era hipnotizarme?

—Usted crea monstruos como Lobello que asesinó al pacifista Petford, y no fue por el radicalismo de Petford, sino porque estaba programado para matarlo. Simón Brando le había pagado doscientos mil dólares por ese crimen.

—Tiene mucha imaginación, señor Newman; pero siga, por favor. Me interesa mucho lo que me cuenta.

Aquella maldita luz roja del metrónomo me inquietaba, pero quizá, para dar una falsa esperanza a aquel hombre, la miré directamente. Precisaba una lección y yo tenía el deseo de dársela.

—Usted programa a los jóvenes que tiene encerrados abajo para que asesinen. Los prepara a todos con el mismo método, por eso la cinta magnetofónica graba en sus cerebros la orden de matar. Luego, por separado, se da una personalidad concreta a cada uno de los psicópatas, y estos asesinan sin importarles morir durante el crimen, bien linchados por la multitud, o como Lobello simplemente capturados. No se acuerdan de nada y de nada son responsables, puesto que no pueden dominarse a sí mismos. Es un plan diabólico, doctor Walker, lo que no sé bien es cómo

escoge a sus jóvenes pacientes.

—De las grandes ciudades, señor Newman. Cuando en alguna parte descubro a un joven que padece una frustración con síntomas primerizos de psicopatía, me doy cuenta de que es óptimo para mis planes, claro que todos no dan siempre buenos resultados.

—Y entonces, ¿qué hace con ellos, destruirlos?

Sonrió.

—Como ya no sirven, practico la disección y estudio sus cerebros antes de incinerarlos. Es una forma de adelantar en la ciencia.

—Tiene usted una forma muy particular de progresar, doctor Walker, pero sus crímenes han terminado. Supongo que tendrá la lista de los hombres que le han pagado por sus trabajos.

—¿Le interesa esa lista?

—Sí. Deseo que junto con usted vayan a la corte todos aquellos que han pagado para que un crimen se cometa sin mancharse las manos de sangre. Su fábrica de magnicidas será clausurada y ya no podrá ofrecer más sus servicios a aquellos que tengan un enemigo importante del que deshacerse, como le ocurrió a Simón Brando con Petford.

—Es una lástima, señor Newman. Con un hombre como usted colaborando en mi empresa, esta podría prosperar mucho más. Llegaría un día en que asombraría al mundo de la Medicina con mis descubrimientos y usted habría contribuido al triunfo.

—No siga, señor Walker. Su sobrina también me propuso el soborno, pero los bolsillos de mi chaqueta no están hechos para llevar demasiado dinero. Vivo muy bien tal como lo hago —le repliqué, ya con menos seguridad en mis palabras.

¿Qué me estaba pasando? Hablaba y hablaba y la imagen del doctor Walker se hacía borrosa ante mis ojos.

Ya solo veía la maldita luz roja del metrónomo. Entonces, caí en la cuenta del riesgo que estaba corriendo. Si continuaba en aquella forma, entre el metrónomo y el gran poder de sugestión del doctor Walker, me hipnotizarían por completo.

Si en aquellos momentos el doctor Walker me hubiera querido atacar, podría haberlo hecho. Ya no le veía, aunque sí escuchaba su voz.

Antes de que fuera demasiado tarde, antes de que el propio Walker se percatara de lo que me estaba ocurriendo, jalé el gatillo de la «Parabellum».

Mi puntería demostró ser buena. La luz roja del metrónomo desapareció, aunque la maldita máquina siguió en marcha. Hice un segundo disparo, destrozándola por completo.

—¿Qué le ocurre, señor Newman, no le gustan los metrónomos? —me preguntó sonriente, dándose cuenta de que había estado a punto de hipnotizarme y que podía volver a intentarlo si la suerte le favorecía.

Destrozado el metrónomo, vi claramente su rostro.

Capté un movimiento casi involuntario de sus pupilas, un movimiento que él quiso disimular sin conseguirlo totalmente.

Comprendí de inmediato, adquiriendo plena conciencia de la realidad.

Mis dos disparos habrían de atraer forzosamente a los enfermeros al despacho del director del centro y la oscilación de sus pupilas significaba algo concreto.

Salté de costado, girándome hacia la puerta al tiempo que jalaba de nuevo el gatillo de la «Parabellum».

Uno de los enfermeros que me había encañonado con un fusil hipodérmico que acababa de disparar, encajó el balazo que yo le lancé.

De no saltar a tiempo, en aquellos momentos comenzaría a dormirme, quedando a merced de aquel diabólico ser que era el doctor Walker.

El dardo, al buscar mi cuerpo y no hallarlo en línea recta, fue a clavarse en el pecho del propio Hans Walker, que se tambaleó.

—Felices sueños, doctor Walker. Por una vez le ha tocado dormirse a usted.

Se arrancó el dardo en un desesperado esfuerzo, más ya todo el narcótico había penetrado en su cuerpo.

Intentó caminar y las piernas se le doblaron.

En aquellos momentos comenzaron a escucharse, todavía lejanas, las ululantes sirenas de la policía. Helen, había cumplido mi encargo a toda velocidad.

—Cuando despierte, estará en una bonita celda del Estado, doctor Walker. Espero que no pase mucho tiempo antes de que sea conducido al corredor de la muerte junto a la repugnante familia Manson. Algún día se abrirá la cámara de gas para ustedes.

Hans Walker se derrumbó cuando ya las sirenas de la policía se escuchaban claramente en el interior del sanatorio privado White Sky.

EPÍLOGO

Me reuní con Helen en el restaurante. Ya me había casado con ella en la seguridad de que no cocinaría para mí. Habían dos razones a tener en cuenta. Una, que a Helen no le interesaba la cocina. La segunda, que a mí sí me interesaba mi estómago. A pesar de todo, Helen era adorable.

—Dan, ¿cómo ha ido?

Me senté ante la mesa. El plato de *spaghetti* de Helen olía estupendamente y pensé que tendría que prohibirle la comida italiana a base de pastas. Helen me gustaba con el peso que tenía, no deseaba que se engordara.

—Schroeder ha sido confinado en un sanatorio psiquiátrico penal. Tratarán de curarlo, aunque temo que será difícil. Por lo menos intentarán que no sea peligroso, junto con los otros jóvenes recuperados en el doble sótano del doctor Walker.

—Y quién iba a decirle a Simón Brando que sería asesinado por uno de los jóvenes que programaba el doctor Walker.

—Sí —asentí, olfateando con fruición el plato de *spaghetti* de Helen—. Por lo visto, se fue directo de San Francisco a Los Ángeles en un coche robado, con la idea fija de asesinar a Simón Brando. Lo esperó y cuando salía del garaje particular de sus oficinas, le abrió la puerta del coche. Le metió en el cuerpo las seis balas del «Colt» y después se dejó caer al suelo comenzando a reír a carcajadas. No ofreció resistencia alguna a la policía.

—Pero ¿por qué se le ocurriría la obsesiva idea de asesinar a Simón Brando?

—Seguramente porque, dentro de su demencia, conservaba cierto grado de lucidez, si es que puede llamarse así. Schroeder ansiaba vengarse.

—¿De Simón Brando?

—Primero se vengó de Loren, pero había escuchado que el hombre que pagó doscientos mil dólares por un crimen, es decir, el culpable de que ellos fueran torturados cerebralmente, era Simón Brando. Se lo dije yo a Loren en su presencia antes de que fuera asesinada, y el joven Schroeder decidió vengarse a sí mismo y a sus compañeros de tortura castigando a Simón Brando con su propia mano. Sin embargo, es muy difícil que jamás averigüemos lo que realmente pasó por su mente torturada.

Mi apetito no podía aguantar más. Tomé el tenedor que tenía a mi alcance y pinché de los *spaghettis* de Helen. Esta sonrió al tiempo que me reñía con pseudoseveridad.

—Cuidado, Dan. Los maridos que engordan terminan por no gustar a sus esposas.

Ambos reímos mientras un bigotudo camarero colocaba en nuestra mesa una botella de buen vino californiano.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

y

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCIÓN"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España